1

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE FILOSOFÍA
EVALUACIÓN DE TRABAJO DE GRADO

ESTUDIANTE : RONALD UBARNES RUIZ

TÍTULO : RELIGIÓN CRISTIANA Y DOMINACIÓN IDEOLÓGICA

CALIFICACIÓN

APROBADO

Harold Valencia López
Asesor

Diego Soto Isaza
Jurado

Fecha: Jueves 15 de junio del 2000

2

"RELIGIÓN CRISTIANA Y DOMINACIÓN IDEOLÓGICA ALIENANTE"

RONALD UBARNES RUIZ

Trabajo de grado para optar al título de Filósofo

Asesor

HAROLD VALENCIA LÓPEZ

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

PROGRAMA DE FILOSOFÍA

CARTAGENA DE INDIAS D. T. y C.

MAYO DEL 2000

"RELIGIÓN CRISTIANA Y DOMINACIÓN IDEOLÓGICA ALIENANTE"

RONALD UBARNES RUIZ

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA

FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS

PROGRAMA DE FILOSOFÍA

CARTAGENA DE INDIAS D. T. y C.

MAYO DEL 2000

T.
261.51
U12

CONTENIDO

	Pág.
INTRODUCCIÓN	4
1. EL DOMINIO DEL HOMBRE POR EL HOMBRE	11
2. LA RELIGIÓN: ¿PRINCIPAL ELEMENTO DE DOMINACIÓN EJERCIDO SOBRE LAS MASAS?	21
2.1 EL INDIVIDUO INDEFENSO	21
2.2 LA REFORMA. PERPETUANDO LA INDEFENSIÓN	40
3. ¿ES LA RELIGIÓN LA ÚNICA ILUSIÓN O FANTASÍA?	53
3.1 ALGUNOS LOGROS DE LA CIVILIZACIÓN COMO FANTASÍAS O ILUSIONES	59
3.2 EL TRABAJO VUELTO MERCANCÍA: ELEMENTO ALIENANTE QUE DEGENERA EN EMBRUTECIMIENTO	69
3.3 LA INSTANCIA DOMINADORA COMO "RELIGIÓN CIVILIZADORA"	82
CONCLUSIONES GENERALES: PROCURÉMONOS UNA VERDADERA LIBERTAD	92
BIBLIOGRAFÍA	101

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
BIBLIOTECA FERNANDEZ DE MADRID
Centro de Información y Documentación

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
CENTRO DE INFORMACION Y DOCUMENTACION
FORMA DE ADQUISICION
Compra ____ Donación X Canje ____ U. de C. ____
Precio $ 10.000 Proveedor P. filosofía
No. de Acceso 38022 No. de ej ____
Fecha de ingreso: DD 11 MM 08 AA 00

INTRODUCCIÓN

En el año 1994, cursando último grado de bachillerato, sucedió algo que me causó una profunda inquietud. Resulta que en la asignatura de Filosofía nos correspondió trabajar un capítulo dedicado al planteamiento general del filósofo Federico Nietzsche, más exactamente en su obra "el Anticristo". Hasta ese momento, para mí la filosofía sólo era una materia más del cúmulo de áreas básicas para poder ser bachiller, pero a partir de allí se produjo en mí una atracción tal, que me sentí inclinado a dedicarle mis años de estudios universitarios.

Desde mis años de infancia soñaba con llegar a convertirme en un gran personaje que dejara su huella marcada en la sociedad, por lo cual siempre me sentí inclinado hacia las cuestiones sociales y políticas, y con el deseo inmenso de acrecentar mi inteligencia y facultades intelectuales en general, con el propósito de ser una especie de líder social que ayudara y guiara a los demás en su desarrollo intelectivo. En mi adolescencia pasé a formar parte de una creencia de corte protestante fundamentada en el cristianismo como tal, donde me sentí (y me siento actualmente) plenamente satisfecho de las necesidades que exigía mi vida. A pesar de la nueva Fe a la que me adhería, todavía seguía cimentando mis

ideales para la sociedad, y tenía el propósito de alcanzar cada vez más un poco de plenitud en el ámbito de la Razón, de la ciencia.

Todo "marchaba bien" en mí hasta el día en que empecé a analizar con mis compañeros de la secundaria las consecuencias del pensamiento nietzscheano. Realmente tales aserciones causaron en mí una revolución, movida más que todo por la atracción que me procuró Nietzsche, pero a la vez por el impacto que me causó debido a tratar él con brutalidad y rudeza la doctrina cristiana, de la cual yo era miembro. Tiempo atrás había escuchado y leído de filósofos que atacaban a la religión cristiana, y aunque yo no les daba mayor importancia, con Nietzsche fue diferente, pues él resultó ser para mí el mejor filósofo de todos cuantos había estudiado en el bachillerato, ya que su propuesta me pareció magnífica para esta sociedad; en efecto, él proponía que el hombre alcanzara una instancia superior llamada "superhombre", desligándose de las ataduras de esta cultura para alcanzar así una cultura superior. Aunque mi análisis en ese entonces fue muy general, Nietzsche se hizo merecedor de mi admiración, y consideré que tal propuesta era digna de ser inculcada a la juventud, pues me parecía que la razón era el medio para alcanzar una plenitud cultural. Pero mi sensación chocó de pronto con una áspera pared: Nietzsche señalaba que esa instancia superior se alcanzaría primeramente si el hombre desechaba la moral cristiana, la cual según él, es enemiga de la ciencia al predicar sólo debilidad, atando así al individuo e impidiéndole –a causa de tal debilidad- tener la "voluntad de poder" necesaria

para acceder al tipo humano superior (más o menos esas fueron mis palabras en aquel año). Esto me produjo una confusión tremenda, no porque dudara de mi fe, sino porque la propuesta Nietzscheana me había causado una grata impresión, pero según él, el cristianismo es un factor alienante de la razón, y por ende, de su maravillosa propuesta.

A partir de ese momento asumí la idea de alcanzar ese "superhombre", pero no estaba dispuesto a renunciar a mi fe, así que me propuse a mí mismo continuar con mis creencias, pero a la vez esforzarme por potenciar y desarrollar mis facultades intelectivas. En ese análisis me dí cuenta de algo crucial para mí: Mi fe no es enemiga de mi razón, mi creencia cristiana no aliena mis facultades del intelecto, la religión cristiana no atenta contra mi desarrollo intelectual. Convencido de que la moral cristiana no era culpable de las acusaciones que se le imputaba, me pregunté entonces dónde surge esa alineación contra el individuo, que si no está en la religión, debe estar en algún otro lado; así, me inquieté, pues, por descubrir esa alineación, para proponer a la comunidad que se apercibiera de la cuestión, y que no culpara a la religión de tal cosa.

Ahora, concluidos mis estudios universitarios, quiero optar al título de "filósofo" desarrollando precisamente el inquietante cuestionamiento que me movió a estudiar la carrera: "¿Será posible que el hombre alcance una plenitud total en la cultura conviviendo con sus propias creencias religiosas?". Mis estudios y mis

creencias me llevan a afirmar que la respuesta es "Si"; pero antes debo demostrar que la alienación de la que es víctima el individuo no se halla en la religión, sino más bien en otras esferas de la vida a las que concedemos mucho valor, pero ni siquiera nos apercibimos de lo que está sucediendo.

Pienso también que debo demostrar que la religión se hace necesaria para el hombre; tal demostración la traeré a colación señalando que el hombre es un ser indefenso que, rodeado de adversidades por causa de sus semejantes y los rigores de la naturaleza, busca auxilio en una creencia particular para así afrontar las hostilidades de esta vida, por lo cual considero que la religión debe ser relegada al ámbito privado, pues ella lo que representa es una ayuda para la debilidad del hombre, no una alienación para su razón.

Al presente trabajo le he titulado "Religión cristiana y dominación ideológica alienante", precisamente porque quiero demostrar que el fenómeno de alienación de la razón y del desarrollo intelectivo del hombre, ejerce un dominio ideológico sobre el individuo, que mantiene a este último en una especie de letargo donde es incapaz de procurarse una vida plena en la que se convierta en un firme substrato para la cultura y se deje guiar por los designios de su facultad de razonar; y demostrar, asimismo, qué papel juega la religión cristiana en tal fenómeno. Sucede que la religión ejerce dominio sobre los hombres –ese es un hecho que nadie puede negar- debido a que ella le proporciona consuelo, protección,

esperanza y fe, por lo cual el individuo le debe obediencia y fidelidad no dándole liberalidad a sus propios instintos, los cuales por ser "pecaminosos" son reprobados por la religión. Pero, aunque la religión ejerce un dominio poderoso sobre los hombres, ese dominio no debe ser tomado como un fenómeno alienante de la razón que mantendrá a las masas en una condición que E. Kant llamaría "minoría de edad" (donde el individuo es incapaz de valerse de su propio entendimiento. Ese término será utilizado a lo largo del presente trabajo); él ha sido confundido por muchos eruditos que, efectivamente, ven que tal dominio representa en realidad un peligro para la cultura, pues, según ellos, obligará a que el hombre ponga su mira en cosas "celestiales" como la eterna bienaventuranza –por ejemplo- y olvide el papel importantísimo que puede y debe desempeñar para con la civilización. Pero esa alienación que grandes pensadores como Nietzsche le atribuyen a la religión cristiana, cabe más bien para otras esferas de la vida donde en realidad sí se está dando con las fatales consecuencias de coartarle, entre otras cosas, el desarrollo intelectual del individuo; esta alienación es causada por una dominación de corte ideológico ejercida por la élite que detenta el poder en nuestras sociedades modernas, donde se masifica al individuo y se le lleva a desempeñar un estilo de vida acorde al deseo de la élite, donde se le aliena no sólo en su trabajo sino también en su tiempo libre. Esta dominación tan sistematizada se hace acreedora de las mismas acusaciones levantadas contra el cristianismo, pues ella también está basada en ilusiones como las religiosas, y además, posee sus propios

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
BIBLIOTECA FERNANDEZ DE MADRID
Centro de Información y Documentación

"sacerdotes" y sus templos donde se le rinde culto; en últimas, es una dominación cuasireligiosa, pero con la particularidad de ser ella la verdadera dominación ideológica alienante de la razón que mantiene sumido al individuo moderno en minoría de edad.

Todo el planteamiento anterior lo basaré en el análisis de autores que han estado dentro de la vertiente de la teoría crítica de la sociedad (más exactamente Sigmund Freud, Erich Fromm, Karl Marx y Herbert Marcuse), así como de uno que otro filósofo que se refiera al tema de la dominación ideológica. Con el estudio que hace Freud en "El Malestar de la Cultura", por ejemplo, intentaré demostrar que el hombre es un ser de tendencias innatas hacia la agresividad, por lo cual se siente inclinado a ejercer dominio sobre su prójimo; también a partir de su obra "El Porvenir de una Ilusión" plantearé que, además, el hombre es un ser indefenso amenazado por las hostilidades que le representan su semejante y la indómita naturaleza, por lo cual recurre al auxilio de la religión; pero en esta última obra Freud señalará, al igual que Nietzsche, que la religión es un dominio alienante y enemiga de la razón y de la ciencia, las cuales deben ser separadas totalmente de aquella con el propósito de poder alcanzar una cultura superior donde el individuo actúe movido solamente por los designios de la razón.

Con Fromm –en su obra "El Miedo a la Libertad"- señalaremos que durante uno de los periodos religiosos más importantes de la historia (La Reforma), fue

potenciada aún más la condición psicológica de indefensión y debilidad en que se encontraba el individuo; con esto, el hombre fue preparándose para someter su voluntad a un gran poder de dominación (las nuevas religiones, en este caso). A partir del análisis de Marx, concentrándome solamente en el tema del trabajo alienado y el de los derechos humanos, empezaré a demostrar que otros logros y factores de nuestra civilización son, al igual que la religión, una fuente de ilusiones, y además, en ellos se esconde la verdadera alienación contra la razón del individuo. A partir de la obra "Eros y Civilización", de Marcuse, matizaré que esa alienación dada en la sociedad moderna se concreta por la dominación ideológica que ejercen las instituciones que detentan el poder, los cuales mantienen "ocupado" al individuo para evitar que éste, ejerciendo su razón, descubra los intereses de dominación; por lo cual considero que este tipo de dominación se convierte en una especie de "religión civilizadora" que alienará al individuo.

Y por último, habiendo matizado el problema, plantearé, como alternativa que nos permitirá la "mayoría de edad ", el uso de la razón y el desarrollo intelectivo individual, pero no necesariamente se debe rechazar la religión cristiana, pues ella no es un factor alienante, sino que más bien ella proporciona un auxilio para la indefensión y debilidad del hombre, y a la vez –al contrario de lo que se cree- ella sí impulsa el ejercicio de la razón.

1. EL DOMINIO DEL HOMBRE POR EL HOMBRE

Al hacer un extenso recorrido por la historia de la humanidad, encontramos que ha sido el común denominador en todas las épocas el hecho de que el hombre procure ejercer dominio sobre su semejante, lo cual siempre ha ido acompañado por el fenómeno de la hostilidad, pues desde la aparición del ser humano en la tierra, el individuo que pretendía ejercer dominio sobre el otro, se veía obligado a recurrir a la fuerza para imponer sus condiciones. Aún en nuestros días, en pleno "apogeo" de la democracia, pareciera que las mismas inclinaciones del hombre al respecto de ejercer dominio sobre los demás continuaran presentes en su ser, pero los medios a los cuales recurre para imponer sus condiciones han tenido una diversidad de cambios, de tal forma que la fuerza bruta fue suplantada por la sutileza.

¿Qué época de la humanidad ha estado exenta de guerras, discordias o situaciones trágicas? Tristemente hay que reconocer que nosotros como seres humanos hemos vivido al lado de la barbarie, y se nos acabarían los libros y toda la tinta del mundo si empezamos a enumerar y describir los diversos fenómenos conflictivos que nos han aquejado desde nuestra misma génesis. No había pueblo en la Antigüedad que no estuviera preparado para la guerra, pues los que no se armaban para conquistar, se armaban para evitar ser conquistados. Los

relatos más antiguos dan prueba de lo anterior: La historia griega, donde cada ciudad-Estado luchaba por ejercer dominio sobre los demás (Homero nos narra en sus espectaculares obras las sangrientas guerras levantadas), el pueblo hebreo, el cual –nos narra La Biblia- se enfrascó en una sangrienta lucha durante décadas para conquistar la tierra prometida. ¿Acaso el Descubrimiento y la Conquista de América no fue el deseo de ejercer dominio sobre el otro? Los conquistadores se ocuparon tanto de despojar al otro de sus riquezas como de su mentalidad, de su creencia, de su yo, con tal de imponerle una forma de vida considerada superior.

Para examinar más claramente esta idea del dominio que quiere ejercer el hombre sobre su semejante, partiré del elemento de las relaciones humanas, pues allí es donde surge la instancia dominadora. Esto lo haré primeramente basado en los aportes de Sigmund Freud, en especial en su obra "El Malestar en la Cultura", texto dedicado al estudio de la génesis de la cultura humana y de los mecanismos que intervienen en ella.

Freud, en su estudio sobre la cultura, la define como "la suma de las producciones e instituciones que distancian nuestra vida de la de nuestros antecesores animales y que sirven a dos fines: Proteger al hombre contra la naturaleza y regular las relaciones de los hombres entre sí"[1]. Respecto al primero

---

[1] Sigmund Freud. El malestar en la Cultura. Alianza Editorial. Madrid, 1973. Pág. 33.

de estos fines –proteger al hombre contra la naturaleza- puede decirse que la cultura le ha proporcionado al ser humano cierto grado de satisfacción, pues aunque el hombre no ha podido evitar fenómenos como terremotos, tornados, o el envejecimiento del cuerpo hasta llegar a la muerte, sí ha logrado tomar no pequeño control sobre tales factores, de tal manera que el progreso de las ciencias y la medicina cada vez le quitan terreno a lo que parece inevitable, dándose de esta forma al menos un reducido grado de solución ante los inconvenientes de la vida. Llegados al siglo XXI nos damos cuenta que en la historia, la raza humana ha logrado grandes hazañas culturales que le han permitido "robarle" terreno a las dificultades de la naturaleza; dentro de estas hazañas podemos ubicar el descubrimiento del fuego, la rueda, las herramientas, hasta llegar a invenciones como el teléfono, el computador, y "milagros" como la medicina moderna y la llegada del hombre a la luna, entre otros.

Nos enorgullecemos con toda razón de todos estos grandes adelantos que nos ha proporcionado la cultura. Pero si la felicidad del hombre dependiera de estos extraordinarios logros, hace tiempo que la hubiéramos alcanzado, o al menos tendríamos la certeza de que ella se encuentra en un futuro próximo; pero, al contrario, el ser humano se siente cada vez más lejos de llegar a tener felicidad, lo cual denota que para el hombre "este recién adquirido dominio del espacio y del tiempo, esta sujeción de las fuerzas naturales, cumplimiento de un anhelo multimilenario, no ha elevado la satisfacción placentera que exige de la vida, no

le ha hecho en su sentir, más feliz"[2]. Al comprobar esto, Freud tiene razón al afirmar que el dominio de la naturaleza no es el único requisito de la felicidad humana; entonces, nos preguntamos con dicho autor: "¿Por qué al hombre le resulta tan difícil ser feliz?" Para responder este interrogante es necesario volver nuestra vista hacia el otro fin de la cultura: Regular las relaciones de los hombres entre sí.

Precisamente en este último fin de la cultura es que surgen los problemas para el ser humano, pues este no ha podido encontrar una solución adecuada al inconveniente de regular correctamente sus relaciones con los demás individuos, no pudiendo superar algo que se supone debe depender de él mismo: el sufrimiento que causa el hombre a otro hombre, la explotación, la tiranía. La historia nos muestra los grandes adelantos científicos o de otra índole, pero ella también es testigo de la barbarie levantada desde sus principios por el ser humano contra su semejante. Las bombas atómicas, los campos de concentración, los bloqueos, todos ellos son consecuencias de un irracional deseo del hombre por imponer sus condiciones sobre el otro de su misma especie.

Como mencioné unas páginas atrás, se nos acabarían los libros y toda la tinta del mundo si empezamos a enumerar los diversos fenómenos conflictivos que nos

---

[2] Ibid. Página 31.

han aquejado desde nuestra génesis. Sigmund Freud era consciente de eso, por lo cual no pierde el tiempo escribiendo sobre conflictos humanos –pues se supone que ya estamos al tanto del tema- pero sí dilucida un nuevo aspecto en este asunto, dándole un giro significativo al problema de las relaciones humanas; plantea que al hombre le resulta tan difícil ser feliz debido a poseer en su psiquis una tendencia hacia la agresividad, a lo que él llamaría: Un instinto de agresión.

Entendamos "instinto" en Freud como la natural tendencia hacia algo que no se domina con la voluntad, algo indomable; si esto es así, el ser humano, al poseer un instinto agresor, se sentirá inclinado a realizar toda clase de discriminación contra su semejante. Freud sustenta la idea de un instinto agresivo señalando que hemos fracasado en cuanto a evitar el sufrimiento que el hombre le causa al otro, por lo cual "comenzamos a sospechar que también aquí podría ocultarse una porción de la indomable naturaleza, tratándose esta vez de nuestra propia constitución psíquica"[3].

Hay algo innato en el hombre que tiende hacia la maldad, algo que de inmediato surgirá en contraposición a la cultura debido a que ésta pretende regular las relaciones de los seres humanos entre sí. Precisamente porque impide que la cultura asocie a los hombres, ese instinto agresivo será el mayor obstáculo para ella.

---

[3] Ibid. Página 30.

Verdad es que la idea de un instinto agresivo resulta polémico; el mismo Freud lo reconoce, señalando que " a quienes creen en los cuentos de hadas no les agrada oír mentar la innata inclinación del hombre hacia lo malo"[4], pero la historia nos ha mostrado durante su recorrido que en verdad el hombre está corroído de tendencias antihumanas, de elementos que en vez de ir en pro de la unión y el altruismo, manifiestan es una inclinación hacia el abuso y la explotación; al otro se le ve sólo como un objeto, como algo que posee valor únicamente en la medida en que satisface los intereses del dominador-agresor; "quien recuerde los horrores de las grandes migraciones, de las irrupciones de los hunos, de los mongoles bajo Gengis khan y Tamerlán, de la conquista de Jerusalén por los píos cruzados, y aún las crueldades de la última guerra mundial, tendrá que inclinarse humildemente ante la realidad de esta concepción"[5]. No sólo la historia, sino las décadas que han pasado desde que Freud publicó estas aserciones fortalecen la idea de un instinto agresivo; las constantes hostilidades, guerras y amagos de guerra dan ejemplo de ello.

Esta cuestión de los instintos es arduamente analizada por Freud, tanto que en su extensa obra elaboró dos "Teorías de los instintos". Aunque considero innecesario hacer una reseña sobre las dos Teorías, pues eso nos llevaría a

---

[4] Ibid. Páginas 61 y 62.

[5] Ibid. Página 53.

cuestiones secundarias al punto que aquí nos ocupa, sí creo conveniente señalar que Freud dividió los instintos en dos grandes grupos. El primero de esos grupos de instintos lo denominó "EROS", el cual está conformado por los instintos de vida, que tienen como primordial tarea vincular a los hombres entre sí. Al segundo grupo de instintos les dio el nombre de "THANATOS", conformado por instintos de destrucción, de muerte; éste último es el que aquí nos interesa, pues es allí, en ese grupo de instintos, donde se halla la agresividad; merced a él los hombres tendemos a la agresión: "Además del instinto que tiende a conservar la sustancia viva y a condensarla en unidades cada vez mayores...(existe)...otro, antagónico de aquel que (tiende) a disolver estas unidades y a retornarlas al estado más primitivo, inorgánico; de modo que además del Eros habrá un instinto de muerte"[6]. Esa agresividad innata se opone a los designios de la cultura al respecto de condensar en la humanidad los individuos aislados; aquel instinto, al contrario de los designios de la cultura, lo que hace es disgregar a los hombres, transformándolos en seres agresivos cuya constante actividad estriba en imponerse violentamente sobre sus semejantes.

Hemos planteado que el instinto agresor es el mayor obstáculo para la cultura pues impide que ella asocie a los individuos. Pero la cultura no se queda "de brazos cruzados" ante esa agresividad innata, sino que ella a su vez erige barreras que estorban al individuo en su agresión contra el otro. La cultura utiliza

---

[6] Ibid. Página 60.

diversidad de mecanismos para hacer frente al instinto de agresión. Después de las grandes guerras siempre se tratan de crear mecanismos protectores que impidan barbaries semejantes en el futuro: Derechos Humanos, tratados internacionales de paz, etc. (aunque sólo lleguen a tener una eficacia relativa).

Freud señala enfáticamente que la cultura intenta mermar la agresión innata al ser humano estableciendo una autoridad interna llamada "Súper-Yo". Veamos cómo el súper-yo coarta el instinto agresivo: La agresión que el hombre siente hacia el exterior, es dirigida contra el propio yo, o sea, la agresión es introyectada; de esta forma el súper-yo juega el papel de conciencia moral y arremete contra el yo con la misma agresividad que el yo hubiera satisfecho en otros individuos. De esta forma, la cultura sale al encuentro de la agresión, donde su principal arma vendrá a ser la instauración del Súper-Yo: "La cultura domina la peligrosa inclinación agresiva del individuo debilitando a éste, desarmándolo y haciéndolo vigilar por una instancia alojada en su interior"[7]; este antagonismo genera un sentimiento de culpabilidad en el hombre que se manifiesta como una necesidad de castigo cuando el individuo hace algún mal, o incluso si piensa hacerlo.

Aunque el tema de la génesis del Súper-yo y el sentimiento de culpabilidad tienen una considerable extensión, dejaré mi análisis hasta aquí, pues no es necesario

---

[7] Ibid. Página 65.

explicitar a cerca de los mecanismos a los que recurre la cultura para frenar la agresión; lo que sí quiero que quede planteado de forma clara es esa inclinación natural del hombre a la agresividad, ese deseo de ejercer dominio sobre el prójimo, y precisamente, Freud señala que el precepto cristiano de "amar al prójimo como a sí mismo", aunque es en apariencia un mandamiento que inspira un sentimiento absurdo, pues no existe una justa razón para amar al prójimo ya que él representa más un enemigo que un aliado, precisamente, decimos, la cultura levanta éste y otros preceptos para coartar las tendencias agresivas que perturban nuestra relación con nuestros semejantes, ya que el prójimo nos representa muchas veces un motivo de tentación para descargar en él nuestra agresividad. Con todo este despliegue, lo que el padre del psicoanálisis sí deja bien claro es la idea de una innata inclinación del hombre hacia lo malo, de tal manera que la cultura se ve obligada a utilizar diversidad de mecanismos no sólo para frenar las tendencias agresivas sino para mantenerse ella misma en pie:

> "La verdad oculta tras todo esto... es la de que el hombre no es una criatura tierna y necesitada de amor, que sólo osaría defenderse si se le atacara, sino por el contrario, un ser entre cuyas disposiciones instintivas también debe incluirse una buena porción de agresividad, por consiguiente, el prójimo... le representa... un motivo de tentación para satisfacer en

> él su agresividad, para explotar su capacidad de trabajo sin retribuirla, para aprovecharlo sexualmente sin su consentimiento, para apoderarse de sus bienes, para humillarlo, para ocasionarle sufrimientos, martirizarlo y matarlo"[8].

En este capitulo introductorio al tema de la dominación, se ha pretendido dar por sentada la idea de una inclinación natural que siente el hombre por ejercer dominio sobre el otro, y aunque la cultura ha intentado frenar tal elemento de hostilidad, esta agresión cobra diferentes matices (aspecto que se intenta dilucidar en este trabajo de grado). En este punto, agresión y dominio van íntimamente relacionadas, pues el hombre, al poseer una innata inclinación hacia el mal, un instinto agresivo, estará propenso a manifestar un deseo de ejercer dominio sobre su semejante, de someterle así sea bajo formas sutiles de ejercer el poder sacando a colación tal instinto agresor. En este caso, la dominación, llámese física, ideológica, o como quiera llamársele, vendrá impulsada por un instinto agresor. En lo que sigue, analizaremos por qué el hombre se somete a este tipo de dominación y qué consecuencias le ha traído.

---

[8] Ibid. Páginas 52-53.

2. LA RELIGIÓN: ¿PRINCIPAL ELEMENTO DE DOMINACIÓN EJERCIDO SOBRE LAS MASAS?

2.1 EL INDIVIDUO INDEFENSO

Hemos manifestado hasta el momento que el hombre se siente impulsado a ejercer dominio sobre su semejante, debido a poseer una inclinación instintiva hacia la agresividad -aceptando la tesis freudiana-, demostrando así el capítulo anterior que el deseo de dominación es impulsado por un instinto de agresión.

En este capítulo veremos ahora que esto de la dominación ejercida sobre el hombre halla cabida dentro del común de la humanidad debido también a que las masas se someten mansamente a una instancia dominadora, y esto a causa de que el individuo se encuentra a sí mismo en una situación de indefensión –la cual es determinada en el hombre por los rigores de la naturaleza y la hostilidad del prójimo-, tornándose débil ante las amenazas de la vida; y esta situación "la aprovecha" la religión para ejercer un control autoritario y dominante sobre el hombre, prometiéndole una mejor vida después de la muerte, y consolándole de las adversidades que le presenta el mundo terrenal. Este capítulo, pues, estará dedicado al análisis de la "dominación" ejercida por la religión (la cristiana).

La historia del hombre está llena de un sinnúmero de fenómenos que le han caracterizado y nunca se han apartado de su lado; hay elementos que siempre han acompañado al hombre desde su misma génesis –sea cual fuere el grupo cultural al que pertenezca-, entre los tales tenemos como el más sobresaliente al de las manifestaciones religiosas; por ejemplo, los pueblos antiguos combatían entre sí en nombre de sus dioses particulares, y al tener oportunidad de capturar prisioneros de guerra del ejército enemigo, no dudaban en quitarles la vida sacrificándolos a sus deidades. Las tribus africanas fueron de las más disciplinadas en cuanto a perpetuar sus ritos antiguos de danzas religiosas, tanto es así, que muchas tribus negras regadas por todo el mundo aún hoy en día celebran bailes que representan culto a las divinidades que sus antepasados crearon. Desde la edad media, movimientos como el de La Reforma dieron paso a una cantidad de doctrinas cuyo punto en común era el que cada una de ellas proclamaba poseer la verdad.

De esta forma tenemos que la religión ha sido un fenómeno que cobra vital importancia en el ser humano, pues le impone un ritmo de vida basado en promesas que exceden el campo de la razón, invadiendo el terreno de la fantasía y de lo metafísico; al hacer esto, la religión lleva al hombre a apartarse un poco de las cuestiones terrenales, poniendo su mira en las "celestiales", y en este sentido, el individuo actuará movido más que todo por cuestiones etéreas, por cuestiones que no se pueden demostrar con la experiencia. Precisamente, por

hacer la religión tal cosa, por imponerle al hombre un modo de vida que de alguna u otra forma le impulsa a olvidar sus tareas con este mundo de los sentidos, es que se ha levantado desde siglo atrás la voz de muchos eruditos preocupados por el futuro de la raza humana y la cultura en general, pues ellos han denunciado que la religión impide al hombre ser un elemento enaltecedor de los designios de la cultura y lo convierte en un ser que tendrá en poco el alcanzar grandes logros en esta vida.

La filosofía, por su parte, ha encontrado en la religión una especie de elemento importante al que le ha dedicado gran parte de su quehacer. Desde las primeras manifestaciones que dieron lugar a la filosofía como tal, se hizo necesario establecer la pregunta por el Ser. Los pensadores antiguos indagaban sobre el por qué de las cosas, otorgando a elementos materiales como el agua, el aire, el fuego o la tierra, la razón de ser de todas las demás sustancias vivas o inertes. Luego Aristóteles, por ejemplo, atribuyó todo a una primera causa o motor inmóvil (Dios). Desde estos primeros pasos de la filosofía, notamos que ella siempre ha tropezado con las cuestiones metafísicas, por lo cual podemos afirmar sin temor a equivocarnos que "filosofía no es tal sin los problemas del más allá"; es que, a través de todos estos siglos, el estudio filosófico sobre cuestiones como Dios, el alma, la eternidad, etc., ha ido perpetuándose, y aunque la fe no ha podido demostrarle a la razón que Dios existe, la filosofía tampoco ha elaborado una teoría exacta que descarte tal posibilidad; de esta forma la religión se ha

convertido en una especie de "piedra en el zapato" que fastidia el quehacer filosófico.

A esta altura creo conveniente aclarar que no es mi propósito alargar la discusión más antigua que conozco: "Religión vs. Filosofía" o "Fe vs. Razón", sino más bien pido a mi lector tener en cuenta que la razón busca preparar a un individuo capaz de ser un gran elemento que contribuya a mejorar cada vez más la cultura, y en este sentido, algunos amantes de la razón arremeten contra la religión y la fe, pues ven en ellas un fenómeno que lleva a las masas a olvidarse de los problemas principales de esa misma cultura, la cual ellos idolatran (es sólo de esta forma que quiero relacionar ambas instancias).

Sentadas estas bases, podemos ahora afirmar que la religión es el elemento que más ejerce control sobre las masas, precisamente porque, a través de sus dogmas autoritarios, lleva a los individuos a adoptar un estilo de vida basado en ilusiones, y así, ese control ejercido se convierte en dominación (pero "dominación" entendida como autoridad dogmática). A causa de lo anterior, se hace imprescindible dedicar en este trabajo un amplio espacio al análisis del elemento religioso en su relación con el hombre, con la intención de analizar así mismo cómo la religión se convierte en dominación sobre el ser humano, y qué elementos hay en este último que le facilitan la labor religiosa en la mente de los individuos.

En esta parte, seguiremos nuestro análisis guiados también de la mano de Sigmund Freud -en primera instancia-, pues su estudio general que realizó sobre la cultura es riquísimo en aserciones sobre diversos elementos de la humanidad, tanto es así que podemos señalar ahora que si en el capítulo pasado quedó plasmada la idea de que el hombre es un ser agresivo, en este capítulo quedará asentado que además de eso, el hombre es un ser indefenso.

En mis lecturas particulares sobre Freud, no dejó de sorprenderme esta paradójica condición a la que dicho autor atribuía al ser humano: un ser que es agresivo e indefenso a la vez. En "El Malestar en la Cultura", Freud ve al hombre como un ser agresivo hasta el extremo, pero al darle una ojeada a otra obra freudiana: "El provenir de una ilusión", notamos que este autor verá al individuo como un ser indefenso, también hasta el extremo, y si esto es así, entonces concluí que si la agresión del hombre le lleva al deseo de ejercer dominio sobre el prójimo, su indefensión le conduce a someter su cuello a una instancia dominadora. Ya sabemos que la agresión es frenada por la cultura a través de diversos elementos como los señalados anteriormente; pero ¿qué sucede con la indefensión?. Esta pregunta fue de las que más peso ejerció sobre mí para realizar este trabajo, ya que ser indefenso –me decía yo- es una condición apremiante, pues si el hombre es débil por naturaleza, está expuesto a caer bajo un yugo terrible, bajo una dominación que por más sutil que sea, no dejará de hacerle daño y denigrarle, no permitiendo que el individuo alcance una vida

plena, y lo que es peor, el hombre mismo, al ser indefenso, buscará refugio por doquier, y seguramente errará al tomar una decisión sobre a qué instancia se somete. Precisamente es tal preocupación la que se esconde detrás de "El Porvenir de una Ilusión", donde Freud señala cuál es la mejor instancia o camino a la que el individuo debe someterse: La ciencia; y a la vez denuncia un elemento que, según él, se está aprovechando de la indefensión del hombre, y que al contrario de ayudarle, le perjudica: La religión. Sin más vueltas, pues, entremos a analizar el estudio de Freud sobre la religión en el "Porvenir de una Ilusión".

La reflexión del texto estará sobre el horizonte de la teoría de la cultura; sus primeros capítulos van íntimamente ligados con el texto "Malestar en la Cultura", en el cual basamos el capítulo anterior, y señalamos también la definición freudiana de cultura como "la suma de las producciones e instituciones que distancia nuestra vida de la de nuestros antecesores animales y que sirven a dos fines: Proteger al hombre contra la naturaleza y regular las relaciones de los hombre entre sí"[9]; pero de allí en adelante, el texto abarca enfáticamente el problema de la religión.

Freud nos recuerda que la naturaleza se levanta inclemente contra el hombre, manifestando su poderío por encima de toda coerción humana; los terremotos, maremotos, tornados, etc, son implacables con el trabajo del individuo,

---

[9] Freud. Malestar en la Cultura. Página 33.

destruyendo también vidas humanas durante los contados instantes en que aparecen.

Aunque la función de la cultura es defendernos contra la naturaleza, ésta última nos hace lucir impotentes ante las calamidades que muchas veces nos asedian, dejando entrever nuestra debilidad e indefensión. Al estar sometido el hombre a esta condición por la naturaleza, la vida se le torna difícil de soportar, y entonces "demanda consuelo, pide que el mundo y la vida queden libres de espantos; pero al mismo tiempo, su ansia de saber... exige una respuesta"[10]. Con esta afirmación Freud señala lo indefenso que es el ser humano, el cual necesita y demanda ser protegido; y precisamente, para responder a esa demanda es que se levanta la religión; ella le hace frente al mundo que amenaza y ataca al hombre, ya que éste requiere de un consuelo para hacerle frente a la vida: "Los hombres creen no poder soportar la vida si no dan a estas representaciones (religiosas) todo el valor al que para ellas se aspira"[11].

Como creador de la teoría llamada "Psicoanálisis", sabemos de Freud que él fundamenta tal teoría más que todo en el estudio de las primeras experiencias infantiles de los pacientes. Según él, todo el material de la personalidad de un individuo se halla concentrado inconscientemente en su psiquis, basado en sus

---

[10] Sigmund Freud. El Porvenir de una Ilusión. Obras completas. Tomo VIII. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid, 1974. Página 2968.
[11] Ibid. Página 2971.

experiencias de la infancia. Sabemos también que aunque estas apreciaciones causaron revuelo en la época de Freud, actualmente han sido aceptadas, sobretodo en el ámbito de la psicología; pero, precisamente, tal estudio de las experiencias infantiles le llevó a asociar las representaciones religiosas con manifestaciones inconscientes de "la niñez humana".

Para él, en efecto, la religión en primera instancia lo que hará será humanizar las fuerzas de la naturaleza, dándole a ésta un carácter paternal, convirtiendo sus fuerzas en dioses; pero todo esto, según Freud, no es más que la continuación de un precedente infantil; es decir, el hombre, cuando era niño, pasó por una etapa en la que era débil e indefenso, manifestando ambivalencia con respecto a su padre, hacia el cual sentía miedo (por la autoridad que representaba), pero también estaba seguro de su protección; de igual forma, ahora el individuo no sólo "transforma sencillamente las fuerzas de la naturaleza en seres humanos, a los que puede tratar de igual a igual... sino que las reviste de un carácter paternal y las convierte en dioses, conforme a un prototipo infantil"[12].

Una ventaja para la religión fue, sin duda, el exterminio del politeísmo, ya que, habiendo entonces un único Dios, se fortalece con él aún más la intensidad de las relaciones infantiles del individuo con sus padres. Para Freud, todas las religiones

[12] Ibid. Página 2969.

llevan impresos los signos de esta ambivalencia de la relación con el padre; y de esta forma, cuando el individuo llega a la edad adulta, se da cuenta que continúa en un estado de debilidad e indefensión, y necesita ser protegido de los poderes exteriores que le amenazan; es así como otorga a la instancia protectora (Dios, en este caso) los rasgos de la antigua figura paterna, al cual temerá pero también encargará de su protección. Tenemos entonces que el hombre, al experimentar la nostalgia de un padre y la necesidad de protección a causa de su debilidad, se somete fácilmente a una instancia dominadora, a la religión en este caso. Se supone que la indefensión infantil debe ser superada para llegar plenamente a la mayoría de edad, pero al prolongar el ser humano tal indefensión a través de la religión, podemos decir en -caso de aceptar tal comparación- que el hombre estará condenado a una perpetua condición de minoría de edad.

Freud ve en la religión las siguientes tres funciones: Espantar los terrores de la naturaleza a través de la idea de Dios; conciliar al hombre con la crueldad del destino, ofreciéndole la promesa de vida en el más allá; y como tercero, compensar al individuo de los dolores y privaciones que la vida terrenal le impone.

Con estas funciones al servicio del ser humano, la religión le llena de gran alivio respecto a las crueldades del vivir; así, es creado todo un sistema:

La vida en este mundo sirve a un fin más alto... que significa seguramente un perfeccionamiento del ser humano... Todo lo que en este mundo sucede, sucede en cumplimiento de los propósitos de una inteligencia superior, que, por caminos y rodeos difíciles de perseguir, lo conduce todo en definitiva hacia el bien... la muerte misma no es un aniquilamiento... sino el principio de una nueva existencia y el tránsito a una evolución superior... Todo lo bueno encuentra al fin su recompensa, y todo lo malo, su castigo, cuando no ya en esta vida sí en las existencias ulteriores que comienzan después de la muerte[13].

Este sistema religioso guía claramente al ser humano a preocuparse más por la vida que ha de tener después de la muerte, y así, las adversidades que enfrenta en esta vida las sufre con pasividad y resignación, aguardando una sublime esperanza, pero mientras eso sucede, mientras llega esa esperanza, pasa muchas veces que el hombre descuida su vivir en esta tierra y se convierte en un individuo netamente religioso: "Aquellos hombres que no siguen adelante, resignándose humildemente al mísero papel encomendado al hombre en el vasto mundo, son más bien religiosos, en el más estricto sentido de la palabra"[14].

---

[13] Ibid. Página 2970.
[14] Ibid. Página 2978.

De esta forma, la dominación ejercida por la religión impide los avances individuales que puedan los seres humanos dar a la cultura; con esto Freud denuncia el peligro de tal dominación, una dominación que, al ejercerse sobre el individuo, mantendrá a éste en una especie de infantilismo, una dominación que no permitirá el desarrollo integral del hombre en la civilización, en la cual según Freud debe cortarse la relación con la religión, pues "tratando de mantener las actuales relaciones entre la civilización y la religión, se crean para la primera mayores peligros que intentando destruirlas"[15].

El autor reconoce que la religión ha prestado grandes servicios a la humanidad y ha ayudado parcialmente a la dominación de instintos asociales, pero no ha podido hacer feliz a la mayoría de los hombres, no los ha reconciliado con la vida, ni convertido en firmes substratos de la cultura, no ha satisfecho las necesidades que motivaron su génesis, y por eso cree Freud que los hombres han dejado de creer en sus promesas; es más, según él, las masas ya no creen en Dios, pero se les mantiene en ignorancia para evitar un caos, pues mientras no se den cuenta que dejaron de creer en Dios, todo irá bien:

> *Si no se debe matar única y exclusivamente porque lo ha prohibido Dios, y luego se averigua que no existe tal Dios y no*

[15] Ibid. Página 2980.

es de temer, por tanto, su castigo, se asesinará sin el menor escrúpulo, y sólo la coerción social podrá evitarlo. Se plantea, pues, el siguiente dilema: o mantener a estas masas peligrosas en una absoluta ignorancia, evitando cuidadosamente toda ocasión de un despertar espiritual, o llevar a cabo una revisión fundamental de las relaciones entre la civilización y la religión[16].

Para Freud, esta revisión es necesaria, pues lo que a él le preocupa es que el dogmatismo de la religión impregne otros ámbitos de la cultura, por lo cual propone un replanteamiento; aunque se cree que el emprender tal revisión traerá graves consecuencias, y por tal motivo se vacila demasiado al intentar esta empresa, Freud ve la necesidad de que ciertas relaciones humanas sean medidas ya no por la religión sino por la razón; por ejemplo, la prohibición de matar, la cual atribuye la religión a Dios, en realidad fue instituida más bien por los designios humanos de la civilización con el fin de proteger la vida en comunidad, y en este sentido Freud invita a separar una cosa de la otra. "Siendo muy espinosa la tarea de distinguir lo que Dios mismo nos exige de los preceptos emanados de la autoridad de un parlamento omnipotente o de un alto magistrado, sería muy conveniente dejar a Dios en sus divinos cielos y reconocer honradamente el origen puramente humano de los preceptos e instituciones de la civilización"[17].

---

[16] Ibid. Página 2982.

[17] Ibid. Página 2983.

Según Freud, en esa relación entre civilización y religión, esta última lesiona a aquella, pues la mantiene atada al infantilismo. Freud explica que la mayoría de las neurosis del niño quedan vencidas en el transcurrir de su crecimiento; esa neurosis que experimenta el infante surge –como ya lo señalamos- en la relación de ambivalencia respecto al padre. Al comparar al niño con la colectividad humana, Freud manifiesta que la religión es la neurosis obsesiva del hombre, surgida por la tendencia infantil de nostalgia hacia el padre; es menester que el género humano, al igual que el niño al experimentar el crecimiento, abandone tal neurosis: "Conforme a esta teoría hemos de suponer que el abandono de la religión se cumplirá con toda la inexorable fatalidad de un proceso del crecimiento y que en la actualidad nos encontramos ya dentro de esta fase de la evolución"[18].

Así vista, la religión, entonces, al ejercer dominación, perpetúa la condición de minoría de edad en el hombre, aprovechando el estado de indefensión en que éste se encuentra a causa no sólo del sentimiento nostálgico hacia el padre, sino también por el hecho de experimentar las crueldades de la naturaleza; por lo cual, la religión es un periodo que la civilización necesita superar, al igual que el niño trata de superar sus neurosis infantiles para de esta manera alcanzar una plena madurez. Para Freud, tanto el niño como la civilización, pasan por esta fase neurótica, pero no deben permanecer estancados en ella.

[18] Ibid. Página 2985.

Freud no se contenta con simplemente exponer el problema de infantilismo que –él cree- mantiene la religión sobre la civilización, sino que presenta una alternativa para despojarnos del yugo al que nos vemos sometidos. Él señala que el hombre tendrá una nueva esperanza si intenta realizar una educación irreligiosa; el ser humano no puede ser siempre niño, sino que debe salir algún día de la religión y reconocer la importancia que tienen sus propias fuerzas para emplearlas con acierto frente a los designios de la vida; esto podría llamarse "educación para la realidad", porque así el hombre tiene conciencia de que sólo puede contar con sus fuerzas para cambiar la cultura. Según Freud, los individuos sometidos a sustraer el desarrollo de su inteligencia, amenazados por las penas del infierno, no podrán alcanzar una plenitud intelectual, por lo cual es partícipe de no enseñársele al niño nada sobre la religión: "¿Cómo. pues, esperar que estos individuos, sometidos a un régimen de restricción intelectual, alcancen alguna vez el ideal psicológico, la primacía del intelecto? ... (por lo cual) ... vale la pena intentar una educación irreligiosa"[19].

Al respecto de las amenazas de la naturaleza sobre el ser humano y de las cuales éste halla consuelo en la religión debido a la indefensión que descubre en sí mismo, Freud señala que el hombre tendrá que reconocer su impotencia y no podrá considerarse ya como el centro de la creación, ni creerse guardado por un Ser superior; pero el individuo no está ya tan desamparado, pues en este caso la

---

[19] Ibid. Página 2987.

ciencia ha ampliado más su poder; es decir, lo que Freud manifiesta es que el socorro para esa indefensión del hombre no debe ser más el Dios presentado por la religión, sino el dios Logos, la ciencia, el cual nos podrá dar una mejor aproximación a la verdad, consiguiendo así ampliar nuestro poder y dar sentido y estabilidad a nuestras vidas.

Para Freud, el dios Logos es la única posible vía de progreso, y puede prestarnos apoyo frente a la dureza del vivir, y se diferencia de la religión en no ser una ilusión, como sí lo es esta última; en efecto, las representaciones religiosas poseen una fuerza interior en extremo poderosa e influyente sobre los individuos debido a que ellas mismas son ilusiones. La ilusión es una creencia motivada por la satisfacción de un deseo; ella no necesariamente es falsa, pero sí prescinde de su relación con la realidad: "Así, pues, calificamos de ilusión una creencia cuando aparece engendrada por el impulso a la satisfacción de un deseo, prescindiendo de su relación con la realidad, del mismo modo que la ilusión prescinde de toda garantía real"[20]. Aunque las ilusiones no son irrealizables, hay que concederle a Freud que los dogmas religiosos son todos ellos ilusiones indemostrables. La ciencia, en cambio, no es una ilusión, ella daría al hombre la posibilidad de safarse de yugos que le impiden ser estandarte en su cultura; y Freud la defiende

[20] Ibid. Página 2977.

38022

a todo dar: "No, nuestra ciencia no es una ilusión; en cambio si lo sería creer que podemos obtener en otra parte cualquiera lo que ella no nos puede dar"[21].

La conclusión a la que llega Freud en "El porvenir de una Ilusión" resulta ser una excelente alternativa frente al problema de la dominación, pues presenta a la ciencia como instancia liberadora a través de la cual el hombre tendrá conciencia de su indefensión, pero la tendrá, precisamente, con el propósito de superar el infantilismo, la minoría de edad, fenómeno que se vé prolongado por la religión al proponerle al individuo una bienaventuranza que empezará no en esta vida sino después de la muerte, haciendo con esto que el hombre se desligue de los avatares de la civilización y prolongando también la imagen del padre a través de la idea de Dios.

Para concluir con Freud, podemos señalar entonces que en él, ciencia y religión son irreconciliables, en el sentido en que esta última, al ejercer dominio sobre la humanidad, estorba ó aliena la posibilidad de alcanzar un mayor grado de intelectualidad de parte de los individuos; ella mantiene al hombre en minoría de edad, en infantilismo, y la ciencia, en cambio, puede darnos, según él, una salida verdadera.

---

[21] Ibid. Página 2992.

Está de más decir que no sólo para Freud la religión y la ciencia son dos polos opuestos. Se puede observar en otros muchos eruditos las mismas denuncias que aquel plantea al respecto de las representaciones religiosas, al ver en ellas un fenómeno de dominación que le aliena la razón al hombre. Por ejemplo, Friedrich Nietzsche es más radical que Freud al atacar con ímpetu vehemente la religión, más especialmente al Cristianismo, denunciando tal elemento como un fenómeno que mantiene al hombre en una condición de bajeza, en un dominio cuyo horror principal es apartar al ser humano de los maravillosos saberes de la ciencia. Concretizaré, pues el pensamiento nietzscheano al respecto sólo para seguir puntualizando este tema de la dominación ejercida por la religión.

Para Nietzsche, religión (más exactamente cristianismo) y dominación van de la mano, pues al ejercer dominio sobre el hombre, lo que el cristianismo está haciendo es impedir a la raza humana el alcanzar una posición superior en la cultura.

Este autor proclama como alternativa de liberación el alcanzar la instancia de un ser superior, el cual no vendrá a ser Dios, sino un "superhombre"; es decir, el hombre puede alcanzar una plenitud total transformándose en un tipo superior, en "un ser que en comparación con la humanidad en su conjunto viene a ser algo así como un superhombre"[22]. Este superhombre ha de ser alcanzado en la medida

[22] Friedrich Nietchsche. El Anticristo. Ed. Printer. Bogotá, 1987. página 27.

en que abandonemos la esperanza de una vida ultraterrena y asumamos la importancia real que tienen las cosas terrenales. En este sentido, la ambiciosa propuesta Nietzscheana no sólo se relaciona con la de Freud en la medida en que ambas resaltan la exclusividad de las cuestiones terrenales para lograr una plenitud total en la cultura, sino también en que los dos declaran como enemigo principal (casi único) a la religión cristiana occidental.

Si para Freud la religión coarta el desarrollo intelectual del individuo con su actitud dogmática en general, para Nietzsche el cristianismo es el principal obstáculo para alcanzar la instancia de superhombre, pues tal doctrina "ha librado una guerra a muerte contra este tipo humano superior"[23]. Si se trata de una lucha entre el cristiano y una raza humana superior, entonces el aceptar esto sería reconocer que la doctrina cristiana es enemiga de cualquier cosa que tenga que ver con la razón, y quien practique esta creencia queda condenado a una vida de profunda ignorancia. Nietzsche es muy tajante en este aspecto, pues manifiesta que ..."una religión como el cristianismo...no puede por menos de ser la enemiga mortal... de la ciencia; aprobará todos los medios por los cuales sea posible emponzoñar, difamar y desprestigiar la disciplina del espíritu... la fe como imperativo es el veto de la ciencia"[24].

---

[23] Ibidem.
[24] Ibid. Página 84.

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
BIBLIOTECA FERNANDEZ DE MADRID
Centro de Información y Documentación

La religión cristiana representa para Nietzsche no sólo lucha contra la ciencia, sino también dominación sobre las masas; esta dominación la ejerce, según Nietzsche, creando toda una serie de conceptos imaginarios que a larga lo que hacen es alejar a los individuos de una mentalidad superior; asimismo, tales conceptos privilegian aún más los lugares de honor en los que se hallan los encargados de ejercer la dominación: Los sacerdotes; estos últimos utilizan conceptos metafísicos como: "más allá", "juicio final", "inmortalidad del alma", etc., los cuales son, para Nietzsche, "instrumentos de tortura, sistemas de crueldades mediante los cuales el sacerdote llegó al poder y se ha mantenido en él "[25]

Demos por sentado hasta aquí en Nietzsche la idea de que la religión es en verdad un elemento de dominación sobre el hombre que impide a este último alcanzar una plenitud en la cultura. Con Nietzsche, al igual que en Freud, tenemos entonces que la salida alternativa de y hacia la ciencia es obstaculizada gravemente por la religión. Ahora quiero seguir tratando el tema de la religión en su papel de elemento de dominación desde la perspectiva de un gran momento histórico: La Reforma.

---

[25] Ibid. Página 69.

2.2. " LA REFORMA. PERPETUANDO LA INDEFENSIÓN"

A estas alturas tenemos claro que a la religión se le ha acusado de alejar a las masas del camino de la ciencia, ejerciendo un dominio poderoso sobre el hombre, y esto lo hace perpetuando el estado de indefensión e infantilismo en que el individuo se halla. Tratando el capítulo dedicado a la religión, es muy importante no pasar por alto uno de los periodos más sobresaliente de su historia: La Reforma, pues allí se aprecia de una forma muy clara los distintos aspectos de la dominación que ejerce la religión sobre los individuos. Aquí es muy crucial el hecho de que en tal época surgieran diversas manifestaciones dogmáticas alternas a la religión tradicional (la católica), pues de este modo, cada nueva religión no sólo llegaba a constituir un sistema diferente de interpretación de las Escrituras, sino también prolongaba las formas de dominio sobre los nuevos fieles que se le adherían.

Es por todos bien sabido que durante siglos la iglesia católica romana fue la institución más poderosa de Europa. Poseedora de grandes privilegios y poderes sobre los hombres, ella muchas veces abusó de su condición, cometiendo un sinnúmero de barbaries bajo la supuesta voluntad de Dios. Por ello, desde su inicio siempre hubo intentos de rebeliones enfocados a cambiar muchos de los dogmas que habían sido corrompidos por los papas o líderes eclesiásticos que detentaban el poder. Pero ninguno de esos intentos reformistas fue tan sonado

como el ocurrido en el siglo X VI, donde no sólo fueron estremecidos los cimientos de la iglesia tradicional sino que también de allí en adelante su poder iría mermando poco a poco con el correr de los siglos; nos referimos, sin duda alguna, a la revolución de Lutero y Calvino, los cuales dieron lugar al protestantismo. Escogemos a estos dos personajes por ser los más significativos del movimiento de La Reforma, y porque en ellos podemos encontrar muchos elementos que ligan a la religión con la dominación.

Nuestro pequeño análisis de La Reforma lo basaremos en el trabajo de Erich Fromm en su libro " El Miedo a la Libertad", donde dedica un capítulo completo a analizar cómo las nuevas doctrinas de Martín Lutero y Juan Calvino predican a las masas un sometimiento voluntario a una instancia de poder, que en este caso vendrá a ser la religión y asimismo, proclaman un renunciar a las cuestiones terrenales. Mi planteamiento, pues, irá encaminado más que todo a seguir los argumentos más importantes de Fromm en el inciso titulado "El Período de la Reforma", del capítulo "La Libertad en la Época de la Reforma", del texto en cuestión.

Del sentimiento de inseguridad e indefensión que ha ido dilucidándose desde algunas páginas atrás, hemos señalado que Freud manifiesta la necesidad de superarlo por medio de la ciencia, y no a través de la religión, la cual perpetúa tal sentimiento prolongando asimismo la figura infantil de ambivalencia hacia el

padre. Erich Fromm era consciente de que tal sentimiento de inseguridad regía sobre el ser humano al momento de salir a la palestra las nacientes doctrinas religiosas de La Reforma. Antes de que ellas surgieran, ya el hombre de la época experimentaba, según Fromm, una especie de zozobra, y coincide con Freud al dejar entrever que la religión (las nuevas, en este caso) aprovecha tal situación para cobijar a las masas bajo su poderío; él señala que tales doctrinas ... "Por medio de sus enseñanzas aumentaron y, al mismo tiempo, ofrecieron soluciones capaces de permitir al individuo hacer frente al sentimiento de inseguridad, que de otro modo hubiera sido insoportable"[26]. Tenemos entonces que estas nuevas doctrinas religiosas se relacionaban de lleno con el estado en que se encontraban los individuos.

Fromm descubrió que detrás del análisis psicológico de tales doctrinas, se hallaban ciertas motivaciones, también psicológicas, que caracterizaron a sus fundadores; es decir, sus líderes mismos estaban impregnados por tal sentimiento de inseguridad, cosa que los llevó a convertirse en los máximos representantes de sistemas religiosos que proclamaban un auxilio o un consuelo ante las penumbras de la vida. Por ejemplo, Martín Lutero fue por mucho tiempo víctima de la más fuerte duda y zozobra; ese sentimiento de inseguridad que experimentaba Lutero le condujo a formular determinadas conclusiones que más tarde mutarían en doctrinas protestantes; Fromm lo muestra como alguien que "habiendo sido educado por un padre excepcionalmente severo y gozado cuando

[26] Erich Fromm. El Miedo a la Libertad. Ed. Paidos. Barcelona, 1977. página 80.

"habiendo sido educado por un padre excepcionalmente severo y gozado cuando niño de muy poca seguridad o amor, su personalidad se desengarzaba en una constante ambivalencia con respecto a la autoridad; la odiaba y se revelaba contra ella, pero al mismo tiempo la admiraba y tendía a sometérsele"[27]. En términos freudianos, pues, Lutero era alguien que no había superado el infantilismo y la tendencia ambivalente hacia el padre; de esta forma tal cuestión le llevó a buscar protección, a cobijarse bajo una instancia protectora, a la vez que también movió a las masas que se identificaban con sus anhelos: " Todo su ser estaba penetrado por el miedo...y era sobre esta base personal que debía llegar a ser el paladín de grupos sociales que se hallaban psicológicamente en una posición muy similar"[28]: una posición de indefensión, la cual podía ser causa de los rigores de la naturaleza o la agresividad del prójimo, aunque mayormente el individuo de la época se sentía amenazado por condiciones materiales dadas por el naciente capitalismo, donde la sociedad Burguesa ejercía el poder, y el orden anterior (el de la sociedad Medieval) al ser destruido para dar paso al nuevo orden capitalista, destruyó consigo la estabilidad y la seguridad que ofrecía al individuo, dejando a este último en una crítica situación, donde también era víctima muchas veces de la iglesia católica, la cual con instituciones como la inquisición, sembraba el terror por doquier.

---

[27] Ibid. Página 83.
[28] Ibidem.

En el año de 1505 Lutero inició su vida como Monje a causa de una promesa que le había hecho a "santa Ana" por haberlo librado de la muerte. Efectivamente, se encontraba en medio de una gran tormenta cuando de repente un relámpago lo tiró al suelo, y temiendo morir, exclamó: "Santa Ana, ayúdame y me haré monje!". Al cabo de un mes ingresó en la orden de san Agustín[29]. En los años siguientes Lutero experimentó con mayor intensidad sentimientos de tormento, angustia y duda. Aunque era un monje modelo, no encontraba la paz. Sus buenas obras no le brindaban seguridad interior, sino más bien se sentía ante Dios como un pecador con la conciencia turbada al que no le aplacaban sus penitencias. Pero en 1518, leyendo la Biblia en la epístola a los Romanos, encontró tranquilidad y solución a sus angustias, pues se dio cuenta que el apóstol Pablo manifestaba en el pasaje bíblico (Romanos 1:17) que el hombre es justificado solamente por su fe, sin mediación de las obras de la ley. Lutero comprendió ahora que..."la justicia de Dios es esa por la cual el justo vive de un don de Dios, a saber, de la fe...Dios...justifica...mediante la fe"[30] . De esta forma Lutero se convenció entonces de que la justifica de Dios es una plena absolución de los culpables, y él mismo, aunque seguía siendo pecador, tenía ahora la convicción de que Dios, misericordioso, le había elegido para la salvación.

[29] Este y los siguientes comentarios del presente párrafo son paráfrasis del texto "Hacia el Mundo Moderno". John Garraty y Peter Gay. Ed. Bruguera. Barcelona, 1981. páginas 63 a 65.

[30] Ibid. Página 64.

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
BIBLIOTECA FERNANDEZ DE MADRID
Centro de Información y Documentación

La idea que surge de las deducciones de Lutero es que las virtudes del hombre serán dejadas a un lado y su lugar lo vendrá a ocupar la fe; ella es la que salvará al hombre, y por ende, los propios actos ó méritos humanos, no sirven para nada. Pero Lutero fue más allá, señalando la necesidad de que el ser humano renuncie a su voluntad personal si quiere poder alcanzar el favor de Dios; esto implica, según Fromm, que..."si el hombre se humilla a sí mismo y destruye su voluntad y orgullo individuales podrá descender sobre él la gracia de Dios"[31]. Lutero, pues, le proponía al individuo de la época, el cual se hallaba en su misma condición (desamparado y preso de la duda), un consuelo a su martirio; tal consuelo se expresaba en el privilegio de acceder a una relación directa con Dios, pero Fromm denuncia que ese "privilegio" se alcanzaba a expensas de renunciar a la propia individualidad; así las cosas, Lutero propugna un rescate de la autonomía - al anular el papel de intermediario que ejercía sobre las masas la iglesia católica (relegada por la fe individual y la subjetividad para interpretar las Escrituras)- pero también predica un sometimiento de esa misma individualidad a la autoridad de Dios; siendo esto así, da la impresión entonces que Lutero proclama una doctrina que ejerce dominio sobre las masas, denigrando en el hombre sus proyectos individuales y su voluntad; por esto Fromm señala que Lutero "si bien libertaba al pueblo de la autoridad de la Iglesia, lo obligaba a someterse a una autoridad mucho más tiránica, la de un Dios que exigía como condición esencial de

---

[31] Erich Fromm. El Miedo a la Libertad. Página 91.

salvación la completa sumisión del hombre y el aniquilamiento de su personalidad individual"[32]

Lutero, pues, aunque potencia la individualidad al quitar el intermediario de la iglesia, cae en el acentuamiento de la indefensión del hombre. Con todo esto corroboramos la tesis freudiana del estado psicológico de indefensión en que se halla el hombre; éste se somete muchas veces a una autoridad a la cual encargará de su protección y le obedecerá ciegamente por temor a perder los privilegios que otorga el ser amparado por una instancia protectora. Esta "fe" planteada por Lutero encierra mucho del componente psicológico dilucidado por Freud en "El Porvenir de una Ilusión", precisamente porque ella manifiesta ese anhelo infantil de sentirse amado y protegido por el padre. Según Fromm, la concepción luterana de la fe, ... "expresada en términos psicológicos, significa: Si te sometes completamente, si aceptas tu pequeñez individual, entonces Dios Todopoderoso puede estar dispuesto a quererte y salvarte.[33]

Para Fromm, el otro gran líder de la Reforma, Juan Calvino, proclamaba de una forma más tajante esta cuestión de la dominación, pues predicaba a los hombres el olvidarse de los asuntos terrenales, de tal forma que su doctrina impulsó a las masas a someterse más encarnadamente al poder sobrenatural de Dios,

---

[32] Ibid. Página 97.
[33] Ibidem.

menoscabando la labor humana que el hombre debe cumplir para con la civilización, en el sentido de procurar una mejor cultura.

En medio de la indefensión en que se hallaba el hombre del siglo XVI, Calvino propone una esperanza que se alcanzará en el mundo futuro después de la muerte. Al experimentar el individuo los rigores de esta vida, representados por el poder destructor de la naturaleza y la agresión innata de su semejante, se encontrará víctima de muchas injusticias; pero sometiéndose a la cobertura de un Dios protector, halla consuelo confiando ahora en la justicia divina y en las recompensas futuras que serán otorgadas por soportar el sufrimiento. El punto álgido de Calvino estriba en señalar que tales recompensas futuras serán alcanzadas en la medida en que no solo despreciemos a este mundo sino también despreciemos nuestra razón y voluntad:

> *No nos pertenecemos; por lo tanto ni nuestra razón ni nuestra voluntad deberían predominar en nuestras deliberaciones y acciones; nos no pertenecemos, por lo tanto no propongamos como fin la búsqueda de lo más conveniente según los dictados de la carne. No nos pertenecemos; por lo tanto olvidémonos de nosotros mismos y de nuestras cosas. En cambio pertenecemos a Dios, y por lo tanto vivamos y*

muramos por Él[34]

Calvino, pues, predica radicalmente un menosprecio a la razón y a la individualidad. Caer en este tipo de dominación, del yugo calvinista, implica sí el estar relegados a un estado de minoría de edad, pues en términos kantianos se sale de tal minoría de edad, única y exclusivamente con el ejercicio de la razón, pero en Calvino la razón es un elemento perjudicial para el hombre. Tenemos entonces que este líder religioso impone una alienación al individuo que resulta ser bastante peligrosa: la alineación de la razón, y sin el ejercicio de la facultad de razonar, el infantilismo del hombre definitivamente será perpetuo.

Para Calvino, semejante sacrificio -el de la razón y la individualidad- no es accesible para toda la raza humana, pues sólo unos pocos pueden comprender tal cosa, ya que, según él, Dios predestina a unos hombres para alcanzar su gracia y a otros muchos para recibir condenación; es decir, antes de que una persona llegue a nacer, ya ha sido predestinada para alcanzar la salvación o la condenación eterna. Esta radical teoría de la predestinación contradice incluso las verdades bíblicas sobre el amor de Dios; por ejemplo, el Nuevo Testamento expresa que..."de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda más tenga vida eterna" (Juan

---

[34] Ibid. Página 101. Fromm saca esta cita de: John Calvino. Institute of the Christian Religión. Philadelphia. 1928. Libro III, IX, 1.

3:16), pero Calvino, al contrario, muestra a un Dios que por caprichosamente demostrar su poder, elige salvar a unos y condenar a otros: "El Dios de Calvino, a despecho de todos los intentos para preservar la idea de justicia y amor divinos, posee todos los caracteres de un tirano desprovisto de amor y aún de justicia"[35]. Pero, precisamente, detrás de esta teología calvinista de la predestinación se esconde la intención de resaltar en el hombre un sentimiento de insignificancia, de tal modo que el individuo se concientize de que sus esfuerzos por mejorar su destino son inútiles debido al hecho de estar de antemano predestinado; detrás de ella se encuentra el desprecio por el ejercicio de la facultad de la voluntad, ya que le muestra al hombre que su destino no depende de él mismo: "El significado psicológico de la doctrina de la predestinación es doble. Expresa y acrecienta el sentimiento de impotencia e insignificancia individuales. Ninguna doctrina podía expresar con mayor fuerza la inutilidad de la voluntad y el esfuerzo humano"[36]; tal doctrina acrecienta, pues, el sentimiento de indefensión del ser humano, impulsándole aún más a someterse bajo un yugo de dominación alienante que le impedirá ser un firme substrato para la cultura.

Con estos dos líderes religiosos podemos afirmar que en la época de la Reforma se acrecentó sobremanera el sentimiento de indefensión humana, pues estas

---

[35] El Miedo a la Libertad. Página 103.

[36] Ibidem.

doctrinas protestantes resaltaban la cuestión de lo insignificante e impotente que es el hombre; de esta forma quedaba fácil que el individuo se sometiera a ellas, ya que al ser acrecentado en él su sentimiento de indefensión a través de la religión, hallará consuelo en las promesas que esas mismas doctrinas le presentan:

> *Calvino y Lutero prepararon psicológicamente al individuo para el papel que debía desempeñar en la sociedad moderna: sentirse insignificante y dispuesto a subordinar toda su vida a propósito que no le pertenecían ... el hombre... ya estaba suficientemente preparado para aceptar la función de sirviente de la máquina económica, y, con el tiempo, la de sirviente de algún Fuhrer*[37]

La Reforma, pues, surge en medio de circunstancias de indefensión para el hombre, y al ser recalcada esta cuestión por sus líderes, ellos al tiempo potenciarán más el fenómeno de la dominación. Con este análisis tenemos entonces que el hombre es un ser indefenso que anhela ser protegido; este anhelo facilita su sometimiento a una instancia dominadora como lo es la religión, pues esta última acrecienta tal sentimiento de indefensión junto con el de culpabilidad, y a la vez se encarga de ofrecer un consuelo para las angustias del

---

[37] Ibid. Página 127.

individuo así como una gran protección con la idea de Dios. Pero sucede muchas veces que la religión lleva al hombre a colocar de tal manera su dedicación al mundo ultraterreno, que se olvida de los avatares de la vida terrenal, y se olvida también de utilizar acertadamente su facultad de razonar, quedando así en un continuo estado de minoría de edad. Creo que a estas alturas no cabe la menor duda de que la religión va íntimamente ligada con la dominación. En nuestros días, al proliferar la diversidad de credos, se ejerce un control sobre las masas; tal control invade diversos ámbitos, dependiendo de la religión particular; por ejemplo, existen comunidades religiosas que prohíben no sólo delitos como el asesinato o el robo, sino también cosas como la promiscuidad sexual, la embriaguez, la mentira, etc., ejerciendo así control y dominio sobre sus feligreses, pero el individuo se somete a ellas seducido por el amparo de sus promesas, y por el consuelo de la indefensión experimentada por el.

Al darse tal dominación ejercida por la religión, la ciencia es presentada entonces como la gran alternativa para llegar a una mayoría de edad, donde el empleo de la razón es imperante para lograr tal cometido; pero, en últimas, el hombre sigue siendo indefenso, pues la naturaleza y el prójimo continúan tornándose agresivos. Aunque la religión aprovecha tal situación para ejercer dominio sobre las masas, creo que esa dominación será perjudicial para la raza humana sólo en la medida en que se le aliene la razón al hombre (y en este sentido la teología calvinista sí resulta perjudicial). En este punto surgen a mi mente interrogantes

como: ¿Es la religión en realidad una dominación perjudicial para el hombre? ¿Existe acaso un tipo de dominio que de verdad esté alineándole la razón al hombre, y sin que se de cuenta le mantiene sutilmente en minoría de edad? ¿Por mucho que se deseche la religión y se potencie la ciencia y la razón, dejará el hombre de ser indefenso? ¿Será posible que las masas indefensas puedan ser firmes substratos de la cultura, llegando a la mayoría de edad a través de la razón, y a la vez tener algo sobrenatural en que creer, alcanzando así consuelo para las adversidades de la vida? ¿Puede incluso la religión fomentar el ejercicio de la razón, de tal forma que ampare al hombre indefenso pero también se le impulse a alcanzar la mayoría de edad, quedando así extinguida la eterna discusión entre fe y razón?

El análisis que expongo a continuación estará basado en tratar de responder estos interrogantes que, me imagino, estarán también en la mente de mi lector.

3. ¿ES LA RELIGIÓN LA ÚNICA ILUSIÓN O FANTASÍA?

"La religión es el opio del pueblo", "Dios ha muerto", "La religión es la neurosis obsesiva de la humanidad", ...etc ... Durante siglos se ha tratado de denunciar los perjuicios que supuestamente la religión conlleva a la civilización. En este trabajo sólo hemos dilucidado unos pocos argumentos levantados contra ella por algunos de los incontables eruditos que se proponen plantear una mejor forma de cultura; estos ven en las representaciones religiosas un gran obstáculo, pues, según ellos, estas son, más bien, es una fuerza alienante que mantiene al hombre en una ignorancia generalizada, pues se preocupará por las promesas de una vida ultraterrena y dejará a un lado sus deberes para con el mundo sensible.

Sin duda alguna, la religión ejerce una especie de autoridad sobre las masas; en este caso lo que cabría preguntar es si tal control autoritario resulta perjudicial, a lo cual respondo que es perjudicial sólo en la medida en que atente contra la razón del ser humano, convirtiéndose así en enemiga de la cultura. Pero teniendo en cuenta que uno de los fines de esta última es regular correctamente las relaciones de los seres humanos, la religión, en vez de ser enemiga, es más bien su aliada, y como ejemplo sugiero la misma ilustración de Freud: el precepto cristiano de amar al prójimo como a uno mismo y de amar incluso el enemigo. En

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
BIBLIOTECA FERNANDEZ DE MADRID
Centro de Información y Documentación

tal mandamiento no se ve otra cosa que el anhelo de la religión cristiana por fomentar un ambiente de armonía entre los hombres y una cultura que potencie el buen manejo de las relaciones humanas.

Además del mandamiento de amor hacia el prójimo y al enemigo, el cristianismo cobija un sinnúmero de preceptos encaminados a potenciar las buenas relaciones y rechazar las acciones que fomenten la maldad, por ejemplo: "pero yo (Jesucristo) les ordeno: al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y como quieres que hagan los hombres contigo, así también has tú con ellos" (Lucas 6:29-31). Estos preceptos no sólo proponen un estilo de vida destinado a frenar los propios instintos agresivos, sino también nos invitan a ser tolerantes con nuestros semejantes, llegando incluso a perdonar las hostilidades de los demás: "Si ustedes perdonan a los hombres sus ofensas, Dios también perdonará las de ustedes, pero si no perdonan a los demás sus ofensas, tampoco Dios les perdonará a ustedes" (Mateo 6:14-15). Si aceptamos que un logro de la civilización sería el alcanzar una mejora en las relaciones humanas, entonces debemos inclinarnos a reconocer que la religión cristiana occidental, por fomentar tales relaciones, le da la mano a la civilización; aunque su dogmatismo invade otros ámbitos, tal "invasión" trae consigo un elemento que potencia positivamente las relaciones de los hombres entre sí, y en este caso pierde fuerza aquella afirmación freudiana de que..."tratando de mantener las actuales relaciones entre

la civilización y la religión, se crean para la primera mayores peligros que intentando destruirlas"[38]

La crítica encarnizada contra la religión, llevó muchas veces a que Freud olvidara que el hombre es un ser indefenso que, como tal, necesita de las promesas religiosas para hallar consuelo en esta vida; la ciencia ha ayudado a controlar la indefensión, pero no totalmente. Sí estoy de acuerdo con Freud en sugerir a la ciencia como la gran alternativa para superar el estado de minoría de edad en cuanto a la utilización de la razón, pero no para superar la indefensión y debilidad humanas (son muy diferentes los términos "indefensión" y "minoría de edad"; el primero se refiere a la condición de debilidad del individuo frente a la dureza de la vida, mientras que el segundo se refiere a la incapacidad del hombre de valerse de su propio entendimiento); aunque la ciencia ha solucionado problemas reales como la enfermedad, el hambre ó el dolor, ella por sí sola no ha podido superar el estado de indefensión al que está sometido el hombre al encontrarse rodeado de amenazas de la naturaleza y de sus propios semejantes, los cuales poseen un instinto agresivo. La ciencia puede concientizar al ser humano de su debilidad, pero le quedará muy difícil hacer que éste la supere, y Freud, aunque intuyó tal cosa, no le dio la profundidad debida: "Nuestro dios (logos), no es, quizás, muy omnipotente y no puede cumplir sino una pequeña parte de lo que

---

[38] Sigmund Freud. El Porvenir de una Ilusión. Obras completas. Tomo VIII. Ed. Biblioteca Nueva. Madrid, 1974. página 2980.

sus predecesores prometieron "[39]. Al preguntarme entonces dónde quedará la otra gran parte de las promesas que la ciencia no puede cumplir, hallé una posible respuesta: "Fácil, dejemos tales promesas a la religión cristiana"; se me objetará: "Pero, ¿Por qué? ¿Acaso no hemos analizado que tal religión es un dominio, y además, es alienante para el hombre?". A esto respondo: Sí, la religión es un elemento de dominación, pero no necesariamente es alienante; tal dominación no debe ser entendida como una organización en la que prima el interés particular, sino como una dominación como la que hay de un padre hacia su hijo, donde éste recibe protección de parte de su progenitor, y donde el padre no busca su interés particular sino el beneficio de su hijo, por lo que ejerce control y autoridad sobre él, con tal de ayudarle y guiarle a seleccionar lo mejor para su vida; visto de esta forma, para tal religión no debe utilizarse la palabra "dominación" sino "control" ó "autoridad", que es lo que verdaderamente ejerce a través de sus dogmas. He tratado de demostrar que el hombre es un ser indefenso que se halla amenazado por doquier, y en esa medida, la religión cumple un papel protector, conciliando al individuo con las crueldades del destino a través de la idea de Dios y de una mejor vida después de la muerte; es más, lo que busco afirmar con toda certeza es que esa religión cristiana no debe ser tomada como una dominación alienante que se levanta contra la ciencia y la razón, pues al contrario, ella también respalda el ejercicio de la facultad de razonar y la utilización de la ciencia, del logos, en los aspectos terrenales de la

---

[39] Ibid. Página 2991.

vida humana. Esta cuestión la trataré un poco más adelante, pues ahora lo que me interesa es denunciar que la verdadera dominación alienante de la razón se encuentra en otras esferas de la vida; es esa la perjudicial dominación que pretende ser denunciada en este trabajo de grado con el fin de invitar a mi lector a tomar conciencia de la cuestión, y no atribuir el problema a algo tan privado para cada persona como lo es la religión.

Ya dimos por sentado que la religión posee una fuerte atracción sobre los individuos debido a que ella misma es una ilusión, y que una ilusión es una creencia motivada por la satisfacción de un deseo, pero tal cosa no es necesariamente falsa. La religión, pues, es una fuente de ilusiones; lo que no se puede asegurar con la experiencia es si tales ilusiones son verdaderas o falsas. Pero, ¿será la religión el único elemento de la cultura que resulta ser una ilusión? No, absolutamente no! Existen otros factores de nuestra civilización que son en sí una fuente de ilusiones, y muchas veces dejamos que ellos rijan nuestra vida, con lo cual tales factores se convierten, al igual que religión, en dominación sobre los hombres; habría que pensar si esta última dominación resulta perjudicial para la raza humana. Los diversos autores que manejan el tema de la cultura (refiriéndome a la Teoría Crítica), observaron que la causa de la alienación está, precisamente, en circunstancias de la vida actual, en un orden económico, político y social injusto; pero estos autores ven en la religión el efecto surgido por las anomalías de la sociedad. De pronto Freud se refería a otras circunstancias

actuales cuando señaló que otros elementos de la civilización pueden estar movidos por ilusiones como las religiosas, y en "El Porvenir de una Ilusión" no se aventuró al menos a dedicarle una página al análisis de tales elementos, sino que cortó bruscamente y continuó con la encarnizada crítica contra la religión:

> *La conclusión de que las doctrinas religiosas no son sino ilusiones, nos lleva en el acto a preguntarnos si acaso no lo serán también otros factores de nuestro patrimonio cultural, a los que concedemos muy alto valor y dejamos regir nuestra vida ... Sospechamos que semejante labor no resultaría infructuosa... pero el autor no se considera con capacidad suficiente para emprenderla en toda su vasta amplitud y, en consecuencia, habrá de limitar obligadamente su trabajo a una de tales ilusiones, a la ilusión religiosa*[40]

El análisis de Freud no se enmarca sólo en la critica a la religión; en su obra abarca, además del problema de alienación de la razón, también el problema de los deseos subyugados, entre otros; pero me he limitado al problema de alienación de la razón en cuanto este autor culpa de ello a la religión.

---

[40] Ibid. Página 2979.

Llegados a este punto, deseo citar a un autor que dio con la cuestión de que otros logros de nuestro patrimonio cultural resultan ser una dominación en extremo peligrosa para el ser humano, pues demuestran constituirse en elementos alienatorios de la razón, y que privilegian a la clase que detenta el poder.

3.1 ALGUNOS LOGROS DE LA CIVILIZACIÓN COMO FANTASÍAS O ILUSIONES

Karl Marx realizó un amplio y minucioso estudio sobre la sociedad, donde resaltó sobre todo el papel que en ella juega el individuo. Él vivió en una época de "transición", en la cual el feudalismo había desaparecido prácticamente por completo, y se consolidaba ahora el tipo de producción capitalista. Aparentemente, el cambiar de una forma a otra, trae para el hombre una serie de beneficios que se pretendían alcanzar desde muchos lustros atrás y, precisamente, esa transición del feudalismo al capitalismo coincidió con fenómenos como independencias, revoluciones, proclamas de derechos humanos, etc; movimientos estos impulsados por una ilusión que de antaño posee el ser humano: la libertad.

Desde los más recónditos pasajes de la historia podemos observar que el hombre posee el anhelo de alcanzar la libertad. Pero ese y otros logros alcanzados casi que en su totalidad en el declive del feudalismo y la consolidación del

capitalismo, son, en efecto, reconocidos por Marx como elementos progresistas que traen consigo aspectos grandemente positivos para la humanidad; pero el reconocimiento de tal cuestión no impide cuestionarle críticamente sus limitaciones, cosa que hace Marx al criticar que tales elementos no hayan trastocado las relaciones injustas entre los hombres, y favorezcan más que nada a una sola clase social: los que detentan el poder (ó burgueses, para Marx), los cuales seguirán defendiendo sus intereses, pero eso sí, utilizando el dominio sobre las masas manipuladas, y a costa de la alienación sobre los individuos. Tenemos entonces que en este aspecto Karl Marx es dialéctico, pues reconoce los logros alcanzados de esta sociedad, pero a la vez levanta una denuncia que en breve analizaremos. Precisamente, este autor dedicó la mayoría de sus escritos a denunciar ciertos fenómenos inherentes a las clases poseedoras del poder. Sus análisis han sido ampliamente estudiados por una cantidad de autores que a su vez se enfocan desde diversas perspectivas; yo sólo quiero tomar dos de esas perspectivas (los derechos humanos y el trabajo) y matizarlas a nivel general, detallando simplemente los elementos que nos interesan.

Al respecto de los derechos humanos, sabemos que su proclamación ha sido un gran logro para la humanidad. Tales derechos no tienen barrera alguna en la actualidad, en el sentido en que valen para todos los seres humanos, independientemente de su sexo o nacionalidad. Estos privilegios de que gozamos en la actualidad apenas eran soñados por los hombres de unos siglos atrás. Karl

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
BIBLIOTECA FERNANDEZ DE MADRID
Centro de Información y Documentación

Marx reconoce la importancia de esos grandes logros, y es consciente que ellos representan en realidad un avance a la humanidad; pero este autor manifiesta también que detrás de los derechos humanos se esconde algo irregular: una tendencia a privilegiar a los organismos que detentan el poder, convirtiéndose este gran logro de la civilización en un logro más bien para la clase poderosa.

Angelo Papacchini, italiano, profesor de la Universidad del Valle, en su libro "Filosofía y Derechos Humanos" hace una exposición sobre la forma de ser concebidos los derechos humanos por las diversas teorías políticas de los últimos tiempos. En su trabajo dedica unas cuantas páginas a Karl Marx sobre este tema en especial, donde señala que tal autor sí reconoce los derechos como un logro importante, pero a la vez manifiesta que ellos son más que todo reivindicaciones de la clase dominante: "La actitud de Marx hacia los derechos humanos oscila entre la crítica radical de estas demandas como reivindicaciones meramente burguesas y el reconocimiento de los mismos como un momento importante en la liberación humana; por consiguiente, como una conquista y un logro valioso de la civilización"[41]. Antes de analizar las consecuencias de tal afirmación, miremos primero cómo el escritor italiano reseña el planteamiento de Marx sobre el tema en cuestión.

[41] Angelo Papacchini. Filosofía y Derechos Humanos. Ed. Universidad del Valle. Cali, 1997. Pág. 113.

Marx se ve precisado a tocar el asunto de los derechos a causa de una discriminación hecha contra los judíos alemanes, los cuales exigían ser emancipados, obtener derechos civiles y políticos. A causa de estas exigencias, Bruno Bauer elaboró un escrito donde señalaba que en Prusia (antiguo nombre de Alemania) nadie podía emanciparse porque el Estado era cristiano, y además, los judíos mismos se autoexcluían por no estar dispuestos a abandonar sus creencias sectarias. Para Bauer, este tipo de particularismo judío era un obstáculo para la libertad, y señala que para poder alcanzar la emancipación humana total, tanto judíos como cristianos, debían desprenderse de sus creencias y prejuicios religiosos; de esta forma, la conciencia crítica y el ateísmo se constituirían como la única salida a la cuestión judía. Según Marx, este análisis de Bauer se vuelve unilateral y abstracto al plantear el problema sólo en términos teológicos, pues para aquel, la emancipación política no implica necesariamente la liberación de la religión, y en este sentido Marx acusa a Bauer de confundir la emancipación política con la emancipación humana total; y es en este punto que según Papacchini, Marx se ve impulsado a tocar el tema de los derechos humanos: "Al señalar esta confusión de Bauer, Marx se ve obligado a precisar las diferencias entre emancipación política y emancipación humana; esto lo conduce al análisis de la temática de los derechos"[42]

---

[42] Ibid. Página 114.

Marx precisa que la emancipación política significa igualdad frente a la ley así como una igual ciudadanía para todos. Esto implica que todos los individuos son iguales ante el Estado, independientemente del credo que profesen y de sus opiniones o la clase social a la que pertenezcan. El Estado entonces, se afirma como Estado no confesional, que respeta la libertad de expresión y de culto:

> *De un lado, el citoyen (ciudadano) como actor y protagonista de la sociedad política, reivindica el derecho igualitario a participar de la ciudadanía; del otro, el hombre privado exige con igual fuerza el derecho a vivir su vida sin que el Estado se interponga o interfiera con sus proyectos vitales, con sus planes de vida, con sus creencias religiosas o éticas, asuntos privados que no son de incumbencia de la sociedad política. Resulta así comprensible la diferenciación de los derechos en derechos del hombre y derechos del ciudadano*[43]

Este adelanto que manifiesta el Estado al alcanzar tal grado de desarrollo reflejado en los derechos humanos, sin duda alguna representa para el individuo un gran logro que de antaño se anhelaba: La libertad a escoger el particular estilo de vida que cada cual considere mejor, sin que esto tenga que interferir con sus derechos como ciudadano, como ser social. Los derechos resultan ser, entonces,

---

[43] Ibid. Página 115.

un alivio para los individuos, y Marx reconoce esto señalando que en verdad proporcionan una mejor alternativa frente al asfixiante régimen feudal del que la humanidad acababa de zafarse; pero el autor, al mismo tiempo, levanta una fuerte crítica contra tales derechos, pues según él, ellos lo que son en realidad es una gama de privilegios disfrazados, de los cuales se benefician las personas a cargo del poder: los burgueses. Papacchini señala que para Marx, los derechos del hombre, "que incluyen la libertad de conciencia y de opinión, la igualdad, la seguridad y la propiedad... son en realidad los derechos del protagonista de la sociedad civil, es decir del burgués"[44]. Siendo esto así los derechos, de esta forma planteados, resultan insuficientes para llevar acabo una plena emancipación humana.

Aunque es en el sentido de emancipación humana y política que Marx trae a colación el tema de los derechos humanos, quiero llamar la atención sobre el hecho de que él los considera como privilegios prácticamente exclusivos de la clase que posee el poder, de la clase dominante: "Ninguno de los así denominados derechos del hombre logra elevarse por encima del hombre egoísta, por encima del hombre concebido como miembro de la sociedad civil, como un individuo que concentra su actividad en su interés privado y en su albedrío particular, del todo aislado de la comunidad"[45]

---

[44] Ibid. Página 116.
[45] Ibid. Página 117.

Los derechos humanos no ejercen una autoridad o control sobre las masas como lo hace la religión; tampoco creo que sean alienantes, pero sí podemos decir que ellos manejan ilusiones por las cuales el individuo se siente atraído: la libertad, por ejemplo. Recordemos que el indefenso ser humano, antes de llegar a la época de la naciente sociedad capitalista, había transitado por caminos muy duros e inhóspitos, donde se le reprimía su libertad. Fenómenos como la esclavitud, la servidumbre, la inquisición, la colonia, etc, atacaban al hombre, de tal manera que éste ni siquiera tenía derecho a opinar, pero sí poseía consigo la ilusión de ser libre algún día; satisfecha esa ilusión, quedaría mermada, al menos en un grado, su indefensión. Los derechos humanos, ese gran logro de la civilización, cobijando la ilusión de la libertad, y manejados por los poderosos, ampararon a las masas indefensas y deseosas de ser libres. Con todo esto lo que pretendo manifestar es que no solo la religión es fuente de ilusiones, sino que existen en la civilización otros grandes logros que también proponen a las masas un consuelo para el estado de desamparo y debilidad en el cual han vivido durante siglos, y en este sentido, los derechos humanos, llevando el escudo de la libertad, manejaron ilusiones para lograr el aval del individuo. Detrás de esa fuente de ilusiones se encuentra toda una organización que, al detentar el poder, es lógico que ejerza dominación sobre los individuos, valiéndose de tales ilusiones para alcanzar grandes privilegios: "Por consiguiente, para Marx los «derechos del hombre» son en realidad intereses disfrazados, que sancionan y

legitiman las libertades burguesas"[46]; pero el que tales derechos sean manipulados ideológicamente no les elimina su elemento progresista, en el sentido en que representan un gran logro para la civilización, y Marx critica este aspecto de la cultura (pero no por ello debe creerse que él asume posiciones anticulturales). Esa sociedad capitalista que Marx estaba viendo nacer, se basaba sin duda alguna en ilusiones humanas que él denunció como privilegios exclusivos de los burgueses:

> *Marx formula una propuesta apasionada en contra de alienación y el extrañamiento producidos por la moderna sociedad de mercado, creada supuestamente sobre los ideales revolucionarios, los derechos, la libertad y la dignidad ... era claro que los derechos humanos proclamados por las revoluciones burguesas resultaban a todas luces insuficientes para realizar una auténtica liberación y emancipación humana*[47].

Esa naciente sociedad fue considerada -por los privilegiados de la misma- como un paraíso donde el individuo descansaría por fin de las terribles hostilidades que le imponían las anteriores formas e gobierno. Ese individuo, débil e indefenso,

---

[46] Ibidem.
[47] Ibid. Página 119.

se dejó llevar por las promesas que en este caso le hacía la futura élite del poder; en efecto, la clase burguesa se encargó de manipular la ilusión llamada libertad, y de esta manera los derechos humanos se transformaron en una fuente de ilusiones que llegarían a ser un gran logro, pero serían más que nada privilegios para la élite. Los burgueses se encargaron de exaltar la libertad para levantar el espíritu de las masas, pero al llegar ellos al poder, esa misma libertad que antes proclamaban, ahora la acomodarían a sus intereses, pues ... "Una costumbre burguesa más típica consiste en alabar la libertad cuando se está en la oposición y reprimirla cuando se está en el poder"[48].

Este gran logro de la civilización, los derechos humanos, al igual que la religión, también manejan ilusiones, aunque no del mismo tipo; las ilusiones de los derechos humanos no se basan en una recurrencia a lo trascendente como las de las cuestiones aceptadas por la sola fe, por ejemplo: Vida eterna, bienaventuranza, etc. y además, las ilusiones de los derechos encierran más que todo anhelos terrenales para disfrutar en esta vida, como por ejemplo: La libertad, una verdadera democracia, etc.; pero aún teniendo en cuenta tal diferencia, en últimas, ambos elementos manejan ilusiones, ambos son factores de nuestro patrimonio cultural a los que concedemos muy alto valor.

---

[48] Marshal Berman. Todo lo Sólido se Desvanece en el Aire. Ed. Siglo XXI. Bogotá, 1988. página 110.

Los derechos humanos, manejados por la élite del poder, serán alienantes en la medida en que repriman la razón del hombre, pero, de hecho, los derechos humanos no van en contravía de la razón, y sería absurdo afirmar que ellos son alienantes sólo porque manejan ilusiones. De igual modo la religión resultará alienante si atenta contra la razón del individuo; y también considero absurdo afirmar que toda forma de religión es alienante sólo porque manejan ilusiones. Recordemos que tanto los derechos humanos como la religión surgieron más bien como elementos que dan consuelo al hombre, que le protegen a causa de su indefensión. La religión proporciona auxilio contra los rigores de la naturaleza, pero ambos proporcionan también un auxilio al individuo contra las hostilidades de su semejante; en efecto, la religión dice: "No matarás", y los derechos humanos dicen: "Todo hombre tiene derecho a la vida". Freud acusa a la religión de no haber hecho feliz al hombre, pero los derechos humanos tampoco han realizado tal cometido, y no es justo rechazar a ninguno de los dos argumentando que no han traído felicidad a la humanidad; pero la felicidad no será alcanzada ni por esa ni por ninguna otra instancia mientras que el hombre posea una innata tendencia a la agresividad, la cual es el principal obstáculo para una vida feliz; y en este aspecto, los derechos humanos representan protección; y la religión, consuelo y esperanza. Ambos, pues, son elementos que surgen como ayuda al hombre indefenso (paradójica condición, como ya lo señaláramos en Freud: agresivo e indefenso).

Habiendo matizado que los derechos humanos manejan ilusiones al igual que la religión, y que ellos son denunciados por Marx como privilegios burgueses disfrazados, pasemos ahora a revisar otro elemento de la nueva sociedad que también es analizado por Marx desde otra perspectiva que nos interesa más aún, pues ésta sí tiene que ver con la alienación de la razón, y por ende, con la dominación ideológica ejercida sobre el hombre.

3.2 EL TRABAJO VUELTO MERCANCÍA: ELEMENTO ALIENANTE QUE DEGENERA EN EMBRUTECIMIENTO

La crítica más radical y exacerbada hecha por Marx a la modernidad, a los logros alcanzados por esta última etapa de la civilización, está encaminada más que todo a denunciar la condición denigrante a la cual ha sido rebajado el individuo víctima de la clase opulenta y poderosa, y al respecto Marx llama la atención dedicando casi toda su vida a un estudio condensado en una extensa obra de carácter y doctrina social. Al tocar el punto de la dominación ideológica que aliena al hombre, hay en Marx muy diversos elementos que enriquecen nuestro análisis, precisamente porque él enfatiza el tema de la alienación; ese enfoque lo realiza desde la perspectiva del trabajo que desempeña el individuo para poder subsistir, y es ese enfoque el que específicamente quiero reseñar en unas cuantas páginas con el propósito de relacionarlo con el tema de la dominación.

En el punto anterior señalamos que los derechos humanos también esconden ilusiones como las que se hallan detrás de la religión; habiendo entonces dilucidado que en otros logros de la civilización a los que concedemos gran valor se encuentra una fuente de ilusiones, plantearemos ahora que en otro elemento de la sociedad se encuentra asimismo un fenómeno de alienación. Precisamente, Karl Marx vio que tal fenómeno se manifestaba en una actividad tan cotidiana como lo es el trabajo.

Para Marx, el trabajo es la esencia humana, es la manifestación de que el ser humano es un ser activo. Pero él denuncia que la sociedad capitalista ha convertido el trabajo en la sola limitación de un medio de supervivencia; en efecto, en la actualidad, el trabajo es básicamente el medio a través del cual un individuo puede adquirir las cosas necesarias para poder vivir y tener la posibilidad de alcanzar ciertos privilegios en el sentido de beneficios materiales.

En nuestros días se ha vuelto tan inmanente a uno la idea del trabajo, que prácticamente hacemos girar todo en torno a él; sin duda alguna, hoy en día los medios de subsistencia dependen absolutamente del factor trabajo, y es precisamente tal cosa lo que critica Marx; pero su crítica no va dirigida contra toda forma de trabajo, sino contra la forma en que tal elemento se mercantiliza en la sociedad capitalista, esa crítica va contra el trabajo convertido en mercancía (es en esa sola aserción a la que me referiré al utilizar tal término).

Marx manifiesta que el trabajo se halla monopolizado y manejado por la clase que detenta el poder, y esto porque ella busca incrementar cada vez más la producción para así acrecentar su capital, y, por ende, su poder. Sí es así, esto implica que el trabajo se convierte en un elemento de dominio, ya que la gran masa de individuos estará prácticamente bajo el yugo de los pocos de la élite, y en este sentido, al haber una irregularidad, quienes sufrirán las consecuencias serán los hombres del común, la gran mayoría. De hecho, Marx denuncia una irregularidad que cobra grandes matices: "El trabajo –el reducido a mercancía- es un elemento alienante de la totalidad del ser humano", donde la palabra "totalidad" incluye, por supuesto, el elemento de la razón (el cual viene siendo el que aquí nos interesa); dándose entonces una supuesta alineación de la razón engendrada por tal forma de trabajo, esta afirmación tan crucial nos mueve en el acto a preguntarnos sobre qué bases fue fundamentada.

En el capítulo VIII, titulado "La Jornada de Trabajo", de su obra "El Capital", Marx concretiza el análisis sobre la cuestión del trabajo. Él señala que el capitalista, el rico propietario, compra por un salario la fuerza de trabajo del obrero, por lo cual adquiere el derecho de hacer trabajar al obrero durante todo un día a favor de la producción capitalista industrializada. Tal sistema de producción se basa en el valor de cambio, o sea, en incrementar la cantidad de dinero ó ganancia a favor del capitalismo, acrecentándose así el valor de la mercancía; pero esto sólo se logra en mayor grado haciendo trabajar más al obrero, creándose así el

sobretrabajo. Como el capitalista desea únicamente ver crecer su capital, trata entonces de utilizar en mayor grado el sobretrabajo del obrero: "El capitalista se acoge, pues, a la ley del cambio de mercancías. Su afán, como el de todo comprador, es sacar el mayor provecho posible del valor de uso de su mercancía. [49]. El obrero, pues es obligado por el capitalista a trabajar más de lo que se indica como día normal de trabajo.

Sabemos que nuestras sociedades están basadas en el sistema de producción capitalista. Los países occidentales, sobretodo, ponen especial énfasis en las exportaciones que puedan llevar a cabo de sus productos; acrecentando así para los ricos propietarios la cantidad de dinero (el valor de cambio); esto le exige a cada empresa incrementar el sobretrabajo, incrementándose también las condiciones denigrantes para el trabajador:

> *Tan pronto como los pueblos se ven atraídos hacia el mercado mundial, en el que impera el régimen capitalista de producción y donde se impone a todo el interés de dar salida a los productos para el extranjero, los tormentos bárbaros de la esclavitud, de la servidumbre de la gleba, etc., se ven acrecentados por los tormentos civilizados del trabajo excedente.*[50]

---

[49] Karl Marx. El Capital. Fondo de Cultura Económica. Bogotá, 1981. página 179.
[50] Ibid. Página 181.

De esta manera, los trabajadores de cada país basados en este medio de producción, son víctimas del sobretrabajo y caen bajo el yugo dominante de un dueño y una empresa a la cual deben rendir fiel dedicación para poder adquirir un salario y así sobrevivir. La consecuencia de todo esto, el precio que según Marx debe pagar el obrero para tener los mínimos medios de subsistencia entregando todo su ser a este tipo de producción, es una terrible alienación de sus facultades intelectuales, pues la mayor parte de su tiempo la ocupará en la empresa realizando una desgastadora labor, y el tiempo restante lo utilizará para descansar y reponer sus fuerzas para así volver a emplearlas en el trabajo que le volverá a consumir. "¿No embotaría esto su ingeniosidad, haciendo de ellos hombres necios y holgazanes, en vez de hombres diestros e inteligentes? ... ¿Qué clase de destreza y arte podríamos esperar de estas bestias torturadas?[51]. Terribles consecuencias las que implica esa forma de trabajo. El trabajador, el hombre común, el hombre masificado, presionado por las durezas de la vida, preocupado por su sustento y el de su familia, dedica todo su tiempo a realizar una labor que apenas le permitirá sobrevivir. La élite opulenta y poderosa ejerce entonces un dominio que ata al hombre común hacia la empresa; un dominio que será perjudicial debido al hecho de coartar el desarrollo intelectual del individuo. Este factor de la civilización resulta ser un dominio alienante en extremo peligroso para la razón humana, pues no le permite a esta última desarrollarse plenamente

[51] Ibid. Página 216.

en el hombre, el cual, despojado de la facultad de razonar, se limitará a otras funciones como el comer, beber y procrear, funciones estas aunque humanas, condicionales únicamente para sobrevivir, y a la vez las compartimos con otros seres vivos como los animales, debido a que los animales también se ocupan de sobrevivir, por lo cual sólo necesitan comer, beber y procrearse; y en este sentido, al limitarse el hombre a esas solas funciones, quedará supeditado prácticamente a una vida animal, porque si no utiliza la razón, utilizará entonces el instinto (comer, beber y procrear, vistos únicamente como medios para la superviviencia y convertidos en únicos fines):

> *De esta forma, el hombre (el obrero) sólo se siente como un ser libre en sus funciones animales, cuando come, bebe y procrea, máximo cuando viste y habita bajo un techo, mientras que en sus funciones humanas se convierte simplemente en un animal. Lo animal se convierte en lo humano y lo humano en animal. Comer, beber, procrear, etc., son también, sin duda, auténticas funciones humanas. Pero en la abstracción, separadas de todo el resto de actividades humanas y convertidas en fin único y exclusivo, son funciones animales.*[52]

Esa clase de trabajo se llama -según Marx- "trabajo alienado" (la forma en que se mercantiliza en la sociedad capitalista) cuya característica estriba en conceder

[52] KARL, Marx. Manuscritos económico - filosóficos de 1844. Bogotá: Pluma, 1980. p.72.

ilimitados privilegios a la clase adinerada, y muchos perjuicios al común de la humanidad. Marx y los diversos autores enmarcados en el ámbito de la Teoría Crítica, levantan una fuerte denuncia contra el orden social, político y económico que se da en esta sociedad, donde el individuo sufre una terrible alienación, especialmente de sus facultades intelectivas. Para estos autores, la alienación real se encuentra en diferentes fenómenos (como el de la reducción del ser humano a mercancía, por ejemplo), los cuales son causantes de la alienación religiosa; es decir, tales autores manifiestan que las condiciones reales hacen que los hombres proyecten sus necesidades en un mundo de ilusiones como el religioso; por lo cual, según ellos, es necesario mejorar las condiciones reales del orden establecido por la sociedad para que así quede cancelada la necesidad de la religión; pero yo particularmente pienso -como he venido exponiendo- que la religión es efecto más bien de la indefensión humana y no de un orden particular de tal o cual sociedad, aunque debo reconocer que el orden actual de tendencias alienantes, potencia aún más la labor de la religión, pues en un aspecto, lleva al individuo a soportar, a causa de una esperanza, las rudezas del tipo de producción.

Ese "trabajo alienado" de la sociedad capitalista es, como mencionamos, una dominación perjudicial que, a diferencia de la religión cristiana, sí atenta contra la razón, ya que elementos como el sobretrabajo obligan al individuo a ocupar todo su tiempo y su ser en cuestiones ajenas a él mismo, que lo mecanizan y alejan del

38022

desarrollo de su intelectualidad. Aunque, supuestamente, el orden establecido por la sociedad capitalista es causante de la religión, pienso que esta última le da un consuelo al hombre a causa de su indefensión y le permite no sólo afrontar las durezas del vivir sino que le ayuda en su relación con los demás; pero se le acusa de alejar al individuo de sus capacidades para dedicarse a los problemas terrenales; el trabajo, en cambio, como el elemento de la sociedad capitalista (el alienado), le permite al individuo conseguir los medios para su vida física, pero esa misma ocupación le limita de tal manera que no le deja tiempo para invertir en su desarrollo intelectual. Ambos, por lo tanto, ejercen dominación sobre el hombre, pero creo que sólo la del trabajo enajenado se convierte en dominación ideológica perjudicial y alienante de la razón que sumerge al individuo en letargo; esta dominación es ejercida por los que detentan al poder, por lo cual es evidente que a ellos no les perjudica en nada:

> *Es evidente que el trabajo produce maravillas para los ricos, pero para los obreros produce privaciones y penurias. Produce palacios, pero tugurios para el obrero. Produce belleza, pero deformidades a los obreros. Sustituye el trabajo por máquinas, pero arroja nuevamente a una parte de los obreros a un trabajo propio de bárbaros y convierte a la otra parte de ellos en máquinas. Produce espíritu, pero estupidez y cretinismo para los obreros.*[53]

---

[53] Ibid. p. 70.

En este tipo de dominación, la élite del poder no sólo impide al individuo dedicar tiempo a su desarrollo intelectual, sino que lo masifica en el sentido de llevarlo a pensar colectivamente, ejerciendo de esta forma un mayor control. Esta dominación se sistematiza, creando una serie de reglas y elementos a través de los cuales ella se infiltra en la colectividad; es así como tal dominación cobra un matiz de sutileza, pues la mayoría de las veces el obrero no se apercibe de la forma en que ha sido influenciado y es controlado por la élite a través de la división moderna del trabajo:

> *Las inmensas unidades productivas inherentes a la industria moderna reunirán a un gran número de trabajadores, los obligarán a depender unos de otros y a cooperar en el trabajo -la división moderna del trabajo requiere una intrincada cooperación momento a momento a una escala amplia- y así les enseñarán a pensar y a actuar colectivamente*[54].

El trabajo enajenado alienante de la sociedad capitalista lleva al individuo a pensar como lo desee la instancia poseedora del poder; el trabajador, pues, sacrifica su individualidad, fusionándola con la masa de hombres que están en su misma condición, y todos movidos por la élite que busca incrementar cada vez más su poder, ejerciendo dominio sobre los individuos, los cuales muchas veces no se dan cuenta que tal dominio les aliena principalmente en su facultad de

[54] BERMAN, Marshal. Todo lo sólido se desvanece en el aire. Bogotá: Siglo XXI, p. 100

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
BIBLIOTECA FERNANDEZ DE MADRID
Centro de Información y Documentación

razonar y de desarrollar el intelecto, ya que prácticamente quedan supeditados a dedicar sus energías a trabajar más y más para poder sobrevivir.

Con Marx vemos entonces que ésta última etapa de la civilización posee factores alienantes que perpetúan en el individuo la condición de minoría de edad, y le reducen a un ser que se esfuerza sólo por sobrevivir; este ser es al que muchos eruditos pretenden liberar de la religión con el fin de ocuparlo en las cosas terrenales. Pero, ¿Cuáles cosas terrenales? ¿Acaso se refieren a adquirir lo mínimo indispensable para sobrevivir? ¿Para qué plantear propuestas como el "dios logos" o el "superhombre" si aquí mismo, en plena tierra, al individuo se le aliena su razón con elementos muy diferentes a las representaciones religiosas? Las acusaciones levantadas contra la religión caben más bien contra otras cuestiones de nuestra civilización. Permítaseme denominarle "religión civilizadora" a los logros de la civilización que alienan al hombre. Le doy ese nombre porque ella, al igual que la religión cristiana, también esconde ilusiones y maneja cuestiones muy parecidas a las cosas metafísicas religiosas. Se pretende quitarle al hombre la idea de un "más allá", pero la religión civilizadora tiene cosas de un "más acá" que son sin duda alguna alienantes para la raza humana. La religión común le da al individuo un aliciente con la idea de Dios; la religión civilizadora le otorga al mismo individuo la idea de democracia, de libertad, donde supuestamente el hombre puede hacer de su vida lo que mejor le parezca, pero está limitado por los medios económicos a la simple supervivencia. El arma

...TAGENA
...MADRID
BIBLIOT...
Centro de...

principal de este tipo particular de "religiosidad" es la dominación ideológica, ya que a través de ella se le quita al individuo la facultad de razonar para así privilegiar a los "sacerdotes" que detentan el poder: Los grandes monopolios económicos. Se le rinde culto a esta particular religión en uno de sus principales "templos": la fábrica; allí el individuo es sobresaturado por actividades que le mantendrán atado a la dominación ideológica, las cuales consisten en impedirle y coartarle el uso de su razón:

> *Marx denuncia también el carácter alienante del trabajo en el interior de la fábrica, que por su carácter mecánico, repetitivo y deshumanizante embrutece y empobrece al ser humano, atrofia sus potencialidades y le impide desarrollar libremente sus energías físicas y espirituales. El trabajo fabril mortifica el cuerpo y arruina el espíritu; no es la satisfacción de una necesidad, sino un medio para satisfacer las necesidades fuera del trabajo*[55].

Esta religión civilizadora aprovecha la indefensión del hombre actual para ejercer dominación ideológica sobre él; en efecto, el individuo cree ser libre en la mejor forma de gobierno existente: la democracia, la cual ha vencido la hostilidad de las antiguas formas políticas que presionaban al común de la humanidad, proporcionándole al hombre una salida que de antaño anhelaba; pero esa

---

[55] PAPACCHINI. Filosofía y Derechos Humanos. p. 120.

indefensión del hombre, al llegar el nacimiento de la sociedad capitalista industrializada, degenerará en embrutecimiento (proceso que se cumplirá a cabalidad en la fábrica); es eso lo que vé Marx: "Su análisis de la sociedad capitalista indica que para los más débiles y desamparados la liberación de las relaciones laborales no ha significado nada más que miseria, explotación y embrutecimiento" [56]. Todo esto es lo que se da en medio de tan grandes logros de la civilización (no es mi intención desvalorar tales logros, pues no pretendo plantear propuestas regresivas, sino simplemente deseo criticar lo negativo); esos grandes logros que muchas veces alienan al individuo y le condenan a la minoría de edad, precisamente, por impedirle el tiempo necesario para cultivar el intelecto y el ejercicio de la razón, copando su tiempo en la fábrica. Pero actualmente ha surgido algo aún peor: La alienación del hombre también en su tiempo libre. Esto suena aterrador, pues se supone que si en el trabajo el individuo es víctima del sacrificio de sus potencialidades humanas, siquiera dispone del tiempo libre como única esperanza para pensar en quietud y darse cuenta de la condición a la que ha sido degradado, para así procurarse una autoliberación; pero resulta que la dominación ideológica potencia aún más el letargo del individuo, no sólo en la fábrica sino también en su hogar, en el poco tiempo libre que puede utilizar para el desarrollo del intelecto. Si esto es así, entonces la condición de minoría de edad será definitivamente la condena que pagará el hombre de la sociedad moderna, pues la dominación a la que estará sometido lo alienará con una tal

---

[56] Ibid. p. 122

sutileza, que él mismo no se dará cuenta de la denigrante posición a la cual ha sido rebajado, y no le quedará espacio para cultivar su intelecto, ni siquiera en su tiempo libre.

Las anteriores afirmaciones nos servirán ahora de base para plantear la conclusión a la cual quería llegar: Primero: La dominación ideológica, alienante de la razón, es un fenómeno que se está dando en la actualidad a través de medios tan sutiles que ni siquiera la percibimos. Segundo: Esa dominación, tan perjudicial y peligrosa, no sale de la religión cristiana occidental -como muchos eruditos han creído- sino más bien de los mismos logros de la civilización, de los organismos que detentan el poder en la sociedad moderna industrializada. Y tercero: La clase que detenta el poder ejerce este tipo de dominación de forma tan sistematizada, que prácticamente la cuestión se ha ritualizado en una especie de religiosidad en la civilización, en el sentido de que a este elemento podemos atribuirle las mismas acusaciones levantadas contra la religión cristiana.

Concentrémonos, pues, en este punto, trayendo a colación ahora la autoridad de un filósofo netamente contemporáneo cuyo análisis lo basa también en los logros de la sociedad moderna industrializada; en efecto, Herbert Marcuse, en su obra "Eros y Civilización", abarca un estudio de esta creciente sociedad, y aunque lo hace desde otra perspectiva (lo que él manifiesta en tal obra es la posibilidad de pensar una civilización no represiva), sí le dedica un amplio espacio al fenómeno

de la dominación, más exactamente en el cuarto capítulo del texto, titulado "La dialéctica de la Civilización".

3.3 LA INSTANCIA DOMINADORA COMO "RELIGIÓN CIVILIZADORA"

Marcuse denuncia que el organismo que detenta el poder en un Estado de la sociedad moderna industrializada, utiliza métodos para ejercer una gran dominación sobre sus individuos, no sólo copando su tiempo de trabajo, sino también el de ocio, el tiempo libre de cada persona; esto con el fin de que el individuo piense como la élite quiere que piense, para de esa forma ella continuar con el poder. Con esto tenemos que esta sociedad no sólo determina al individuo en el aspecto socioeconómico sino también en el aspecto ideológico, pues además de ponerla a trabajar sólo para sobrevivir, le lleva a pensar bajo un estilo de pensamiento que realmente es impuesto por la élite.

La dominación, tal como la ve Marcuse, es ejercida por los grandes monopolios económicos, sociales y culturales. Estos organismos no se imponen sobre el individuo tomado aisladamente, sino sobre toda la masa social: "La dominación llega a ser cada vez más impersonal, objetiva, universal y también cada vez más

racional, efectiva, productiva"[57]. Esta dominación omite al individuo como tal, y así las cosas, el concepto mismo de "individuo" pierde terreno en la sociedad actual, pues al hombre se le tomará entonces como ser masificado; de esta forma la élite mantendrá más fácilmente el poder, pues toda la especie humana se convierte en un simple conjunto, en masa: "Al mantener a los individuos como instrumentos de trabajo, obligándolos a la renunciación y al trabajo con esfuerzo, la dominación ya no sólo simple o esencialmente sostiene privilegios, sino que también sostiene a la sociedad como conjunto en una escala cada vez más amplia"[58]. Una de las armas de esta dominación ideológica es, pues, atentar contra la individualidad del hombre de la sociedad moderna, y esta resulta ser una característica peculiar de la que he llamado "religión civilizadora" donde el sacerdote, o más bien "dios" que detenta el poder -los grandes monopolios económicos-, denigra el sentido de individualidad al igual que en la acusación levantada por Fromm contra Lutero, donde se acusaba al reformador de proponerle al hombre de la época el privilegio de acceder a una relación directa con Dios, pero a expensas de renunciar a la propia individualidad; dice Fromm acerca de Lutero, que "si bien libertaba al pueblo de la autoridad de la iglesia, lo obligaba a someterse a una autoridad mucho más tiránica, a la de un Dios que exigía como condición esencial de salvación la completa sumisión del hombre y el aniquilamiento de su personalidad individual"[59]. Según Fromm, la de Dios es una

---

[57] MARCUSE, Herbert. Eros y Civilización. Barcelona: Ariel, 1989. p. 91
[58] Ibid. p. 93
[59] El miedo a la libertad. p. 97.

autoridad tiránica por exigir al hombre el renunciamiento de su personalidad individual; pero considero más tiránica aún la acción de la religión civilizadora, capitalista, donde el dios "monopolio poderoso" no exige, sino que aniquila de inmediato el sentido de individualidad, poniendo al hombre no sólo a pensar colectivamente, sino a hacerlo como lo desee la élite del poder; de este modo, la dominación ideológica dada por esa instancia vendrá a alienar la razón del hombre, pues sutilmente se le impide pensar individualmente. En esta sociedad masificada, el individuo no puede desarrollar todas sus potencialidades, ya que los intereses de dominación están encaminados a masificar a esa sociedad; eso sólo podrá acabarse cuando los individuos perciban por medio de la conciencia tales intereses de dominación.

Para Marcuse, esos intereses de dominación pueden ser rotos, pero el sistema busca métodos para mantener tal dominación, y es allí cuando utiliza como estrategia no sólo copar el tiempo de trabajo del individuo, sino también el ocio, para evitar que éste quede solo y reflexione:

> *Mientras más cercana está la posibilidad de liberar al individuo... mayor es la necesidad de mantener y extremar las restricciones para que no se disuelva el orden de dominación establecido... La gente tiene que ser mantenida en un permanente estado de movilización, externa e interna... (esta dominación)... consiste principalmente en un*

fortalecimiento de los controles... sobre la conciencia, que, si es dejada en libertad, puede reconocer la obra de la represión en la más amplia y mejor satisfacción de las necesidades.[60]

Esta dominación sobre la conciencia es absolutamente ideológica por el hecho mismo de coartar el pensar; ella es, sin lugar a dudas, un elemento que mantendrá al hombre moderno atado a la condición de minoría de edad. Esa forma de dominación es la que está educando a los hombres de nuestra civilización, dando como resultado a un individuo escindido, que no podrá ser autónomo.

De la religión, se dice que ella es "el opio del pueblo", ya que sumerge al hombre en una especie de delirio en el que buscará las cosas celestiales y se olvidará de las cuestiones terrenales; pero el individuo masificado, víctima de la sociedad moderna, cae también en una especie de letargo, donde perderá su identidad, sacrificando su facultad de razonar, quedando absorbido en la peculiar religiosidad civilizadora de la cual estamos tratando. La élite se encargará de introducir al individuo dentro de ese letargo a través de los medios de comunicación de masas, creando en ellas todo un parámetro a seguir: Se le organiza al individuo su tiempo libre, donde se le proyecta una forma de vida, se le dice qué debe consumir, cómo divertirse, etc.; en fin, el individuo ya no será

---

[60] Eros y civilización. p. 95

educado por la familia sino por el sistema que ejerce dominación, cayendo en un letargo donde aceptará como elección suya el modelo de vida que le es impuesto, el cual no es otra cosa que un arma de la élite que le sigue alienando la razón, y a la que rinde una fanática devoción sin darse cuenta. Ese individuo cada vez le ha dado menos espacio a la influencia de la familia para darle paso así a la influencia de los grandes monopolios económicos, políticos y culturales que regirán su vida: "la empresa familiar independiente y, subsecuentemente, la empresa personal independiente han dejado de ser las unidades del sistema social y están siendo absorbidas en gran escala por grupos y asociaciones impersonales"[61]. Estos monopolios se transforman entonces en los dioses que regirán la vida de los individuos de la sociedad moderna, la sociedad que, habiendo alcanzado logros antes sólo soñados, ha caído ahora en una dominación del tipo ideológico, en la que las masas pierden su facultad de razonar para pensar como lo desea la instancia dominante.

En nuestros días los medios de comunicación han penetrado en todas las esferas de la vida humana; estando al alcance total de las masas, ellos ejercen una alta influencia sobre los individuos. Los monopolios del poder ponen a su servicio esos medios de comunicación para ejercer dominación y de esa forma llevar a las masas a que se identifiquen con la élite, y todo con la finalidad de seguir detentando el poder. Al entrar en juego la influencia de todos estos medios de

---

[61] Ibid. p. 97

comunicación, la dominación cobra un matiz de sutileza, pues el individuo no se dará cuenta cómo es influenciado por los organismos del poder, cómo los valores y toda la forma de vida que adquiere le es impuesta desde afuera a través de una dominación ideológica:

> *Desde el nivel preescolar, las pandillas, la radio y la televisión; las desviaciones del modelo son castigadas no tanto dentro de la familia como fuera de ella y en su contra. Los expertos en los medios de difusión masivos transmiten los valores requeridos; ofrecen perfecto entrenamiento en eficiencia, tenacidad, personalidad, sueños, romances. Contra esta educación, la familia ya no puede competir*[62].

En efecto, hoy en día el individuo ya no se identifica con su familia sino con el estilo de vida presentado por la élite a través de los medios masivos de comunicación. Así, el individuo pasa muchas horas trabajando en la fábrica, donde tal labor le impide desarrollar el intelecto, pero la élite, no conforme con eso, le aliena también en su tiempo libre para evitar que ese individuo tenga espacio para razonar y darse cuenta de los intereses de dominación, y por eso lo masifica, llevándolo a optar por el modelo presentado por la dominación.

---

[62] Ibid. p. 98

Marcuse desenmascara este sistema de dominación, denunciando que en este tipo de sociedad el individuo nunca podrá ser libre. En efecto, esta sociedad fue construida sobre la ilusión de la libertad; nos enorgullecemos por haber alcanzado la libertad de expresión, de opinión, de culto, pero aunque esta sociedad actual proclama libertad, la dominación ideológica ha hecho de esa libertad sólo una cosa aparente. El individuo ha caído en un terrible letargo donde cree ser libre, pero en realidad lo que es una pseudoliberación, pues su vida es totalmente controlada no sólo en su trabajo sino también en su tiempo libre, fenómeno este que le lleva a asumir los ideales que propugna la élite del poder; así, ese individuo disfruta de las comodidades que le brinda el sistema, pero el precio que debe pagar es permitirle a ese sistema que ejerza un control total sobre su vida, una dominación ideológica:

> *A cambio de las comodidades que enriquecen su vida, los individuos venden no sólo su trabajo, sino también su tiempo libre. La vida mejor es compensada por el control total sobre la vida. La gente habita en edificios de apartamentos -y tiene automóviles privados con los que ya no puede escapar a un mundo diferente... Tienen docenas de periódicos y revistas que exponen todos los mismos ideales. Tienen innumerables oportunidades de elegir, innumerables aparatos que son todos del mismo tipo*[63].

[63] Ibid. p. 100

Si a causa del trabajo alienado el individuo no tenía tiempo para cultivar su desarrollo intelectual, ahora con el control total sobre su vida que ejerce la dominación ideológica de la élite, mucho menos le quedará espacio para pretender alcanzar una mayoría de edad a través de la razón: "Con su conciencia coordinada, su vida privada abolida, sus emociones integradas dentro del conformismo, el individuo ya no tiene suficiente espacio mental para desarrollarse a sí mismo"[64].

Allí es donde los autores enmarcados dentro de la Teoría Crítica denuncian que el verdadero problema está en el mundo determinado por la sociedad de mercado, precisamente porque ella, a través de una racionalidad tecnológica (lo que hemos señalado en Marcuse), aliena al individuo, no sólo en su intelectualidad, sino también en su parte libidinal, por ejemplo, donde se manipulan esas instancias sexuales por medio de diversos elementos como la publicidad, medios de comunicación, etc.; ese mundo es el que, según tales autores, da como efecto el fenómeno de la religión, elemento que supuestamente ayuda a mantener el orden alienante.

Con este análisis de Marcuse he pretendido demostrar que los organismos que detentan el poder en una sociedad moderna, prometen libertad al hombre, pero tal libertad es sólo aparente, pues al individuo se le somete bajo un yugo dominante

[64] Ibidem

con el fin de llevarlo a actuar y a pensar como lo desee la élite. En este sentido se cae en una especie de religiosidad donde se le rinde culto a la élite del poder a través de la dominación ideológica sobre el individuo, donde los medios masivos de comunicación, al servicio de tal dominación, hunden al individuo en un letargo donde ni siquiera se apercibe de la alienación de la que es víctima, y en últimas, acaba por sentirse feliz; su ignorancia, su minoría de edad, le producen satisfacción:

> *Con la decadencia de la conciencia, con la absorción de la comunidad individual por la de las masas, el conocimiento es administrado y confinado. El individuo no sabe realmente lo que pasa: la poderosa máquina de educación y diversión lo une a los demás en un estado de anestesia en el que todas las ideas perjudiciales tienden a ser excluidas. Y puesto que el conocimiento de toda la verdad difícilmente conduce a la felicidad, esa anestesia general hace felices a los individuos*[65].

A través de la racionalidad tecnológica, la élite del poder le da al individuo una supuesta felicidad, ejerciendo una dominación que resulta ser una alienación en extremo perjudicial y denigrante para la raza humana: una alienación contra la razón. Así las cosas, concluyo esta parte señalando que resulta imposible

---

[65] Ibid p. 104

ocuparnos de las cuestiones terrenales en el sentido de llegar a ser firmes substratos de la cultura (cosa que supuestamente impide la religión), debido a que aquí mismo hay un "más allá" promovido por los que detentan el poder. Esta "religión civilizadora", y no la cristiana, se hace merecedora del calificativo de "opio del pueblo", pues le aliena su razón al individuo y le aleja de sus facultades humanas, convirtiéndole simplemente en un ser físico, y no más.

No quiero hacer de mi tesis de grado un análisis que se limite a dilucidar un problema, sino más bien mi deseo va encaminado a plantear, como conclusión, una alternativa de solución para tal problema, con el propósito de mover a mi lector a ver las cosas desde otro punto de vista. Concretizaré, pues, en unas cuantas líneas, la alternativa que quiero plantear.

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
BIBLIOTECA FERNANDEZ DE MADRID

CONCLUSIONES GENERALES

PROCURÉMONOS UNA VERDADERA LIBERTAD

Muchos eruditos como Marcuse y Marx nos invitan a despojarnos de esa dominación ideológica; Benjamin Constant, por ejemplo, denunció también que la élite del poder buscará ocuparse de proporcionarle una supuesta felicidad al individuo, pero detrás de eso están los intereses de dominación. La clase dominante dirá a los individuos: "¿Cuál es el objeto de vuestros esfuerzos, el motivo de vuestros trabajos y el término de vuestras esperanzas? ¿No es la felicidad? Pues dejadnos a nosotros este cuidado, que nosotros os la daremos". Pero Constant exclama: "No ¡No dejemos que obren de este modo ... Nosotros nos encargaremos de hacernos dichosos a nosotros mismos"[66]. Pienso que tal dicha a la que se refiere Constant estriba en salir de la condición de minoría de edad; pero, precisamente, esa salida se la procurará el individuo por medio de la propia utilización de su razón sin que tenga que mediar otra instancia dominadora, pues muchas veces ésta resulta alienante de la razón con el fin de seguir detentando el poder sobre las masas, cosa que sucede en la actual sociedad moderna, donde, en efecto, la élite le inyecta un modo de vida

[66] CONSTANT, Benjamin. Del espíritu de la conquista. Madrid: Tecnos, 1988. p. 90.

masificado a los individuos, sofisticando cada vez más la dominación ideológica a través de los medios masivos de comunicación, coartándole al hombre su individualidad y la posibilidad de razonar por sí mismo, y, precisamente, decimos, en tal cuestión estriba la minoría de edad en términos kantianos: "La minoría de edad es la incapacidad de servirse de su propio entendimiento sin la dirección de otro. Uno mismo es culpable de esta minoría de edad, cuando la causa de ella no radica en una falta de entendimiento, sino de la decisión y el valor para servirse de él con independencia"[67]. Mi propuesta, pues, es invitar a mi lector a valerse de su propio entendimiento, de su propia facultad de razonar, pues haciéndolo, estará siendo "humano", diferenciándose así de cualquier otro ser viviente. En este sentido estoy de acuerdo con Freud cuando se refiere al hecho de reconocer la importancia que tienen las propias fuerzas del hombre para emplearlas con acierto en la vida. Pero la élite, con su dominación ideológica, muchas veces nos llena de pereza, con lo cual nos rehusamos a reconocer y a utilizar nuestras facultades humanas. No debemos seguir dejando la consecución de nuestra felicidad en manos de los organismos que detentan el poder, sino más bien -como señala Constant- hemos de procurar hacernos dichosos a nosotros mismos, y esa dicha empezará a darse cuando tomemos la decisión de valernos de nuestra propia razón, dándole un verdadero uso a nuestras facultades intelectivas.

---

[67] Emmanuel Kant, Respuesta a la pregunta: ¿Qué es la Ilustración? Berlinishe Monatsschrift. En: Argumentos #14 - 17. Universidad y Sociedad, Bogotá, 1986.

Me produce cierta indignación la forma tan sutil en que se aliena al individuo en la actualidad. Los elementos publicitarios de la élite muestran una fachada de libertad que atrae al individuo y lo mueve a imitar el ideal planteado, despreocupándose así de su desarrollo intelectual; por ejemplo, frases publicitarias que le dicen: "Eres el rey de tu mundo" o "Sé dueño de tu estilo" o "No te pareces a nadie", frases estas que el individuo toma literalmente, tragándose la carnada que allí representa el sentido de libertad, pero en últimas, asume como propio el estilo de vida que plantea el modelo. Así, la generación que se levanta cree - con toda convicción- ser libre, pero en realidad no es más que una masa que está siendo dominada y alejada de la posibilidad de auto procurarse la mayoría de edad con la utilización de las propias fuerzas que posee el ejercicio de la razón.

He pretendido también, a lo largo del presente trabajo, dar por sentado que el hombre es un ser indefenso y débil, propenso al sufrimiento; esta condición humana es algo natural y viene dado a causa de los rigores que el individuo encuentra en la naturaleza y en lo agresivo que es su semejante, por otro lado, estoy seguro que cada persona sobre la faz de la tierra tiene sus propios temores y su particular sentimiento de indefensión y debilidad. A causa de esto, cada individuo tiene el derecho de hallar consuelo y fuerzas para afrontar la vida en cualquier representación religiosa particular (siempre y cuando no atente contra el desarrollo del intelecto humano y la razón). Por lo cual considero que la religión,

en vez de ser atacada e injuriada, debe ser relegada al ámbito privado de cada quien, pues aunque es cierto que ella está basada en ilusiones y que ejerce un control autoritario, ella no necesariamente es un factor alienante para la razón y el desarrollo intelectual del hombre, como sí lo es, en cambio, el tipo de fenómeno al que he llamado "religión civilizadora", la cual, invadiendo el terreno de grandes logros de la civilización, introduce en un letargo al individuo, ejerciendo sobre él una dominación ideológica que le mantiene sí en minoría de edad, denigrándole su facultad de razonar. Este último elemento sí que aliena al hombre, y no la tan injuriada religión cristiana, a la cual se ha mal interpretado; por ejemplo, cuando Lutero dice que el hombre debe destruir su voluntad para acercarse a Dios, no se refiere a la voluntad particular que mueve al uso de la razón, sino que "voluntad" allí tiene que ver es con esas cosas sexuales como el adulterio, la fornicación ó la sodomía; Lutero, pues, lo que dice es algo así como: "Si quieres acercarte a Dios, debes destruir en tu vida las conductas pecaminosas que Él reprueba", lo cual nada tiene que ver con alienación de la razón.

Todas esas malas interpretaciones han perpetuado el conflicto entre Fe y Razón. Es cierto que muchas manifestaciones religiosas resultan ser un peligro para el desarrollo intelectual del individuo, pero no así la religión cristiana occidental, pues, aunque sé que suena "un poco" desajustado, ella sí impulsa al hombre a cultivar el desarrollo de la razón, por lo cual creo que en vez de ser enemigas, esas instancias son más bien aliadas; lo que sucede es que el uso de la razón no

es lo primordial del cristianismo, sino, precisamente, darle al individuo un consuelo esperanzador a causa de las durezas del vivir; pero aunque le da una secundaria importancia, en últimas, esta religión mueve a utilizar los designios de la razón. Existen filósofos actuales que sí ven tal religión como aliada del intelecto y no como su enemigo; por ejemplo, Germán Marquínez manifiesta:

> *El hombre es su vida... la vida es para ser vivida. El hombre nace con vocación de vivir; en este punto coinciden la razón y el Evangelio. La Buena Nueva (eso significa Evangelio), está a favor de la vida, y no, como pensaba el filósofo alemán Federico Nietzsche, en su contra. Las denuncias de F. Nietzsche se refieren, en realidad, a formas de religión enemigas de la vida y por lo mismo pseudoevangélicas, (pues) el evangelio dice: "He venido para que tengas vida, y vida en abundancia"*[68].

La misma Biblia, fuente máxima de autoridad para la religión cristiana, ve en la utilización de la ciencia y la razón algo que es creado y aprobado por Dios, así como el desarrollo intelectual del hombre para llegar a alcanzar la sabiduría e inteligencia. En efecto, ella insta al individuo a dejar la simpleza (visto como minoría de edad) y aventurarse a procurar su desarrollo intelectual: "Dejad las simplezas, y vivid, y andad por el camino de la inteligencia" (Proverbios 9:6). Ella

[68] Germán Marquínez. Filosofía, Perspectiva Latinoamericana. Ed. El Buho. Bogotá, 1994. Página 28.

enfatiza en la salvación eterna sobrenatural del alma, pero recalca que para esta vida "el alma sin ciencia no es buena" (Proverbios 19:2); y precisamente, Dios mismo cuida el camino de la ciencia: "Los ojos de Dios velan por la ciencia" (Proverbios 22:12), afirmación esta que anula todas las acusaciones levantadas contra tal Dios porque Él supuestamente es enemigo de la ciencia, pero al contrario, Él mismo recalca la bienaventuranza a la que accede quien potencie su desarrollo intelectual: "Bienaventurado el hombre que halla la sabiduría y que obtiene la inteligencia" (Proverbios 3:13). Todos estos pasajes bíblicos impulsan la mayoría de edad alcanzada a través del propio entendimiento individual, y así las cosas, resulta inadecuado hablar de un conflicto entre Fe y Razón.

El hombre, pues, puede alcanzar la mayoría de edad así sea practicante de la religión cristiana. La razón puede sacar al individuo de la minoría de edad, pero no le proporciona auxilio a su debilidad, nunca podrá consolarle de su indefensión. El factor alienante de la razón no está en la religión sino en otras esferas de la vida de nuestra sociedad moderna, por lo cual propongo tomar conciencia de la situación y procurarnos una verdadera libertad, la cual, en esta vida terrenal, puede ser dada sólo por el desarrollo de la razón y el intelecto. No me interesa extender una propuesta o un estudio sobre las instituciones que impiden al individuo su desarrollo intelectual, pero eso sí, sugiero tomar conciencia de la cuestión y no culpar de ello al cristianismo. La libertad que propone la religión es una libertad eterna, pero como no hay medios empíricos

para comprobarla, dejemos esa cuestión a la vida privada de cada persona. El gran error de muchos eruditos ha sido pretender abolir la religión, lo cual resulta imposible debido a la indefensión humana. Excelente alternativa sería entonces el formar a un individuo que, consciente de su indefensión, enfrente la travesía de la vida, alcanzando la condición de mayoría de edad, sirviéndose del propio entendimiento, contribuyendo así arduamente al desarrollo de la cultura, donde el fenómeno de la religión sea relegado al ámbito privado. Por medio de la utilización de la razón, el individuo no sólo saldrá de la condición de menor de edad, sino que, pienso, será posible alcanzar esa instancia superior nietzscheana llamada "superhombre", aprendiendo aún a convivir con las representaciones religiosas.

De grata satisfacción ha sido para mí el concluir el presente trabajo de grado, no tanto por el placer que me proporciona el ostentar el título de "Filósofo", sino porque ahora, más que nunca, estoy plenamente convencido de que cada individuo de la sociedad moderna puede auto procurarse una plenitud en esta vida a través de la puesta en uso de su facultad de razonar (tomando antes conciencia de los elementos alienantes que poseen ciertas condiciones sociales), y tal plenitud puede lograrla, aún poseyendo ilusiones religiosas como las del cristianismo, pues esta doctrina le representa un auxilio para la cantidad de inconvenientes que debe enfrentar a diario, y además ella misma le ayuda a desarrollar sus facultades intelectivas. El cristianismo no sólo representa una

piedra de apoyo para el individuo, sino que también facilita la labor de la cultura en cuanto ayuda a mermar la agresividad entre los hombres y proporciona a la colectividad las fuerzas necesarias para afrontar con valentía las crudezas del destino terrenal; todo ese misterio atractivo y maravilloso que encierra la Fe, la convierte en un gran pilar de la cultura. Por su parte, la Razón representa para el hombre la posibilidad de desligarse del yugo dominante ideológico y alienante que ejerce la élite opulenta y poderosa en nuestras sociedades modernas. Ella -La Razón- permitirá al individuo salir de la condición de "menor de edad" y ocupar el puesto de privilegio que el hombre debe poseer en la naturaleza, pues ningún otro ser viviente ha sido dotado de esa maravillosa y también misteriosa facultad llamada "Razón".

Muchos filósofos y grandes eruditos de la humanidad han creído que esta última instancia, la Razón, es alienada por la instancia llamada "Fe", y ese ha sido un gran error, llevando la filosofía a la eterna discusión y confrontación con la religión, donde tal conflicto se irá perpetuando si no caemos en la cuenta de que la fe no es enemiga de la razón, sino más bien su aliada; el error estriba en mal interpretar los designios de cada una de esas grandes instancias de la cultura. Ambas proporcionan plenitud al individuo, liberándolo de su indefensión y de su minoría de edad (respectivamente), permitiéndole ser un firme substrato para la cultura. Pienso que es el momento en que cada quien procure enriquecer la sociedad en general, dándole el valor que se merecen esas dos maravillosas

instancias, y apercibiéndose de los verdaderos intereses de la dominación que pretende ejercer la élite del poder.

Mi resumen y conclusión final, es, pues, el siguiente:

La dominación ideológica de la que es víctima el hombre moderno, no proviene de la religión, sino de los organismos que detentan el poder, los cuales, valiéndose de ilusiones, mantienen al individuo atado a la condición de minoría de edad, moviéndolo a pensar como la élite quiere que piense, con tal de que no se aperciba de los intereses de dominación. Pero el hombre puede salir de ese letargo desde el momento en que empiece a utilizar su razón, convirtiéndose así en firme substrato para la cultura. Por otra parte, la religión se hace prácticamente necesaria para el individuo, debido a que él posee una indefensión y debilidad internas a causa de los rigores de la naturaleza y la hostilidad de su prójimo, el cual tiene una tendencia innata a la agresión. Además, la religión cristiana - al contrario de lo que se ha creído- no aliena, sino más bien ella impulsa el desarrollo de la razón; por eso ahora, después de experimentar mis propias sensaciones subjetivas en una creencia particular, después de cinco años de carrera universitaria, y después de la exhaustiva y edificante investigación que el presente análisis me procuró, puedo manifestar que esos dos grandes pilares de la cultura -Fe y Razón- me han llevado a crear mi propia frase particular:

"LA FE MUEVE MONTAÑAS. LA RAZÓN SOCIEDADES"

R. UBARNES

BIBLIOGRAFÍA

BERMAN, Marshal. Todo lo sólido se desvanece en el aire. Bogotá: Siglo XXI, 1988.

CONSTANT, Benjamin. Del espíritu de la conquista. Bogotá: Tecnos, 1980.

FREUD, Sigmund. El malestar en la cultura. Alianza Editorial, 1973.
El porvenir de una ilusión. Obras completas. Tomo VIII. Madrid: Biblioteca Nueva, 1974.

FROMM, Erich. El miedo a la libertad. Barcelona: Paidos, 1982.

GARRATY, John y GAY, Peter. Hacia el mundo moderno. Barcelona: Bruguera, 1981.

KANT, Emmanuel. Respuesta a la pregunta: ¿Qué es la ilustración? En argumentos No. 14-17. Bogotá: Universidad y Sociedad, 1986.

KARL, Marx. El capital. Fondo de cultura económica. Bogotá, 1981.
Manuscritos económico - filosóficos de 1844. Bogotá: Pluma, 1980.

MARQUINEZ, German. Perspectiva latinoamericana. Bogotá: El búho, 1994.

MARCUSE, Herbert. Eros y civilización. Barcelona: Ariel, 1989.

NIETZSCHE, Friedrich. El anticristo. Bogotá: Printer, 1987.

PAPACCHINI, Angelo. Filosofía y derechos humanos. Cali: Universidad del Valle, 1997.